

Jazmín®

Algo más que honor

Donna Clayton

Algo más que Honor

Donna Clayton



Algo más que Honor (12.04.2006)
Título Original: Bound by Honor (2005)
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: **Jazmín 2029**
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Gage Dalton y Jenna Butler

Argumento:

¿Qué mal podría hacer que se acostara con su marido?

Habían prometido amarse y respetarse mutuamente, pero entre ellos había otra promesa que ninguno de los dos había pronunciado. Jenna Butler le había salvado la vida a Gage Dalton, por lo que él estaba obligado a devolverle el favor. Y sólo el matrimonio le daría a Jenna la custodia del bebé de su hermana.

Así pues, Jenna se mudó al rancho de Gage… pero no a su cama. Había llegado virgen al matrimonio y, aunque se decía una y otra vez a sí misma que no esperaba nada, lo cierto era que sí tenía ciertas esperanzas. Su esposo la respetaba, pero parecía necesitar la ternura que sólo una esposa podía darle…

Prólogo

Los limpiaparabrisas barrían el cristal con furia. Jenna Butler se inclinó hacia delante para intentar ver a través de la densa cortina de lluvia. Tenía los nudillos blancos de apretar el volante y cada uno de sus músculos estaba en tensión.

Amy tenía que estar bien. Jenna estaba convencida de que al llegar al hospital la encontraría tan animada y parlanchina como de costumbre. Cualquier otra posibilidad era impensable. La enfermera que le había llamado para notificarle que su hermana había tenido un accidente no le había proporcionado ninguna información sobre su estado.

Aunque en Montana siempre llovía en primavera, las tormentas como aquélla no eran frecuentes. Unos enormes nubarrones negros cubrían el cielo y los truenos se sucedían sin interrupción., Pero la necesidad de asegurarse de que Amy se encontraba bien estaba por encima de cualquier otra consideración. Mentalmente, Jenna repetía como un mudo rezo que su hermana no corría peligro.De pronto percibió que el asfalto se elevaba unos centímetros. Instintivamente, su mente y su cuerpo registraron el peligro que tenía ante sí. Pisó el freno a fondo, las ruedas chirriaron y la parte de atrás del coche patinó. El corazón de Jenna latió con fuerza y un grito de pánico quedó ahogado en su garganta cuando las ruedas dejaron de girar y el coche se paró con brusquedad.

Respiró profundamente y vio ante sí tenía un campo de trigo anegado por la lluvia. Aunque el coche no se había salido de la carretera, se había quedado cruzado sobre los dos carriles. Los limpiaparabrisas seguían moviéndose rítmicamente, el motor del coche ronroneaba y la lluvia caía torrencialmente sobre la capota. Miró a su izquierda y vio la carretera por la que había llegado hasta allí. A su derecha, un río. La carretera había desaparecido bajo el agua.Era demasiado tarde para arrepentirse de no haber tomado la autopista. Su ansia por llegar lo antes posible al hospital de Billings la había llevado a tomar el camino más corto, el que cruzaba la reserva de Broken Bow. Golpeó el volante en un arrebato de rabia.Por el rabillo del ojo vio aproximarse unas luces. Se trataba de una ranchera, y el conductor no pareció verla pues no aminoró la velocidad. Jenna sintió una descarga de adrenalina. Si movía el coche hacia delante para evitar el choque, el otro conductor alcanzaría la zona inundada y sería arrastrado por la corriente de agua.

Sin titubear, abrió la puerta y, saltando del coche, movió sus brazos frenéticamente.El caucho chirrió sobre el asfalto y la vieja ranchera giró varias veces sobre sí misma antes de detenerse junto a la línea que separaba la carretera del campo de trigo. Jenna, calada hasta los huesos, corrió hacia el vehículo y abrió la puerta.

—¿Estás bien? —antes de recibir respuesta vio que un hilo de sangre brotaba de la sien del conductor— ¡Dios mío, estás herido!

Entonces él alzó la vista y Jenna sintió que un trueno la atravesaba de arriba abajo. Nunca había visto unos ojos tan negros como aquéllos. Eran como dos ónices pulidos. Tragó saliva y dio un paso atrás.

¿Qué le pasaba? Siempre había sido muy sensata. Amy era la romántica, mientras ella se reservaba el sentido común y el raciocinio. Sólo podía explicarse una reacción tan poco habitual por su estado de nervios.

—¿Te has roto algo? —preguntó balbuceante.

El hombre tenía la elegante estructura ósea de pómulos marcados y tez morena característicos de los indios americanos. No era guapo. Era espectacular.

Y sus ojos eran como dos imanes. Jenna decidió decir algo antes de quedar paralizada por su hipnótico poder. Inclinó la cabeza y habló pausadamente.

—¿Puedes hablar? ¿Me oyes?

Los rasgos del hombre se tensaron en un gesto de enfado.

—Por supuesto que puedo oírte —dijo en tono recriminatorio—. Podía haberte atropellado. ¿Qué demonios haces en medio de la carretera?

Jenna lo miró por unos segundos mientras la lluvia seguía calándola.

—El río Porcupine se ha desbordado y ha barrido la carretera. Yo misma he estado a punto de tener un accidente.

El hombre bajó del coche, fue a inspeccionar la carretera y se detuvo en el punto en el que desaparecía bajo el agua.

Jenna no podía apartar la mirada de él. Tenía unos hombros anchos y era evidente que hacía trabajo físico. Su cabello azabache caía sobre su espalda como un río negro. Era un hombre sólido y fuerte... Y con toda seguridad con un cerebro de piedra. Jenna se acercó a él y por una fracción de segundos pensó que debía tener un aspecto deplorable. Pero él no parecía prestar atención a su apariencia.

—Me has obligado a desviarme de mi camino —dijo.

Jenna cuadró los hombros y alzó la barbilla. No le gustaba el tono en el que había hecho ese comentario.

—No comprendo por qué estás enfadado —dijo, altiva—. Es evidente que te he salvado la vida —añadió, señalando las turbulentas aguas.

Él se limitó a mirarla impasible.

—Y ahora te debo una Ofrenda de Vida que estoy obligado a pagar.

Jenna lo miró desconcertada.

—No me debes nada —dijo, cargándose de paciencia—. Cualquiera hubiera hecho lo mismo que yo. Me he salvado por los pelos de una catástrofe y he hecho lo posible para que tú también te salvaras.

Amy. David. El accidente. Lo sucedido pasó por su mente en sucesivas ráfagas.

—Escucha, tengo que marcharme —al fijarse de nuevo en la sangre de la frente del hombre, añadió—: Voy al hospital. Si quieres te llevo para que te curen la herida.

Él la sujetó del brazo con un veloz movimiento.

—No pienso ir a ninguna parte y tú tampoco. No sé quién eres ni dónde puedo encontrarte.

Calló bruscamente al ver que Jenna lo miraba asustada y le soltó el brazo. Ésta pensó que debía huir, pero se quedó mirándolo paralizada.

—Lo siento —dijo él—. No me extraña que desconfíes. No debía haberte sujetado así.

Aunque habló con suavidad, no sonreía. Jenna pensó que no debía ser un gesto habitual en él.

—Permíteme que me presente —continuó—. Soy Gage Dalton, y vivo en la reserva. Iba camino de Billings para encontrarme con una persona.

Era evidente que pretendía tranquilizarla, pero Jenna tenía que marcharse. Sin embargo, otro instinto la obligó a quedarse y escucharlo.

—Tengo que irme —dijo al fin, retirándose el cabello empapado que se le había pegado a la cara—. Se trata de una emergencia. Mi hermana...

El pánico se adueñó de ella cuando el desconocido alargó una vez más el brazo para detenerla. La mirada que Jenna le dirigió debió ser lo bastante elocuente como para que cerrara la mano en un puño y la dejara caer sin llegar a tocarla.

—No voy a hacerte daño —dijo. Y a continuación hizo algo sorprendente: se llevó la mano al corazón como haciendo un juramento.

Jenna se calmó parcialmente, pero estaba ansiosa por ir al hospital. Sin saber muy bien por qué, musitó:

—Me llamo Jenna Butler. Tengo que marcharme. Es urgente —sin embargo, sus piernas no la obedecieron.

Él la miró fijamente.

—Escucha, sé que no puedes comprender mis creencias —dijo él, titubeante—, pero estoy obligado a cumplir mi Ofrenda de Vida.

Jenna sólo pensaba en Amy. La inundación le estaba robando un

tiempo precioso. Tendría que retroceder más de diez millas.

—Lo siento, pero no tengo tiempo. Ya te he dicho que no me debes nada.

Un gesto de irritación cruzó el rostro del hombre.

—Da lo mismo lo que digas. Tengo una deuda contigo.

Jenna sabía que no podía sentirse ofendida por el tono arrogante de sus palabras, pero una idea le pasó por la mente.

—Sí puedes hacer algo por mí. Reza para que mi hermana Amy esté bien.

Y sin añadir más, dio media vuelta y corrió hacia su coche. Subió y arrancó a toda velocidad. Por el espejo retrovisor vio al indio americano en medio de la carretera, bajo la lluvia torrencial.

Capítulo 1

Dos meses más tarde.

—Es una locura —mascculló Jenna. Pero eso no impidió que siguiera caminando con determinación—. Ni siquiera me conoce. No creo que se acuerde de mí.

Jenna no acostumbraba a hablar consigo misma, pero su vida había cambiado radicalmente en las últimas ocho semanas. Si pensaba todo lo que había sucedido, la embargaba la emoción: la tristeza, el dolor, la frustración de enfrentarse al consejo de ancianos de Lenape. Tuviera las dudas que tuviera, nada impediría que siguiera adelante. Tenía que encontrar una solución a su problema.

Aunque lo más probable era que él rechazara la su propuesta por descabellada, no tenía más remedio que intentarlo. Después de darle mil vueltas, había llegado a la conclusión de que era la única salida posible.Subió los sólidos tablones de madera y llamó a la puerta del rancho, de aspecto rústico y confortable.A lo largo de las semanas previas, se había familiarizado con la reserva india. Cuando decidió acudir a Gage Dalton en busca de ayuda, decidió hacer averiguaciones sobre él.Sin embargo, fue prácticamente imposible obtener ninguna información significativa, y lo poco que había podido intuir no había contribuido a tranquilizarla. Pero no tenía más remedio que intentarlo.No le gustaba admitir que estaba desesperada, pero ésa era la cruda realidad. Gage era su último cartucho. Si él no la ayudaba...

Cuando nadie acudió a abrir la puerta sintió una oleada de alivio y se dijo que debía subir al coche y marcharse. Pero en lugar de seguir su propio consejo, volvió a llamar.

Desde dentro no llegaba ningún ruido.

Dalton es muy solitario.

Apenas sale del rancho.

Le gusta estar solo.

Eran los comentarios que había oído sobre él. La gente se refería a él como un ermitaño y todos y cada uno de sus interlocutores le habían dirigido una mirada inquisitiva, como si les costara comprender por qué quería ponerse en contacto con Gage Dalton.En una gasolinera próxima, el muchacho que le había revisado el aceite comentó:

—Apenas lo hemos visto en el último año —luego había añadido algo peculiar—: El accidente lo ha cambiado.

Y aunque Jenna quiso que le explicara a qué se refería, el muchacho había tenido que atender a otros clientes.En conjunto, y recordando su comportamiento la noche que lo había conocido, Jenna sabía que, en lugar de estar buscándolo, debía salir huyendo. Pero no lo haría. Por muy remota que fuera, representaba su única esperanza. Se jugaba demasiado como para no intentarlo.Los

habitantes de Broken Bow lo consideraban como una isla, un hombre herido y sufriente que prefería mantenerse aislado. Pero ella le obligaría a escucharla.

—¡Gage Dalton!—su voz ahuyentó a varios pájaros.

Descendió las escaleras del porche y dobló la esquina de la casa. En la parte de atrás vio un cercado en el que había dos caballos blancos y negros. Había también varios cobertizos, así como un gran establo al final de un camino de tierra.

Era una propiedad de un tamaño considerable y le sorprendió no haberse dado cuenta antes. Miró en torno y vio varios cercados donde pastaban distintos grupos de caballos. Había visto suficientes películas del oeste como para identificar la raza:

Gage Dalton criaba pintos.

—¡Hola! —llamó.

Gage salió del establo y se quedó parado en la puerta. Llevaba el torso descubierto y sostenía un rastrillo en la mano.

Jenna deslizó la mirada por su cuerpo bronceado y por los vaqueros gastados que le colgaban de las caderas. Luego subió la mirada a su rostro. Sus hipnóticos ojos negros volvieron a atraparla, haciéndole sentir que se agotaba el aire a su alrededor. Aun a aquella distancia, también volvió a sentir la tensión que dominaba el cuerpo de Gage nada más verla. No parecía particularmente contento.Jenna hubiera querido dar media vuelta y echar a correr, pero el recuerdo de la pequeña Lily la empujó hacia delante. Lo único que importaba en aquel momento era la razón que la había llevado hasta allí. Ni siquiera Gage Dalton podría impedir que lo consiguiera.Bueno, sí que podía. Pero ella haría todo lo que estuviera en su mano para convencerlo.

Tomó aire, sonrió y caminó hacia él con decisión.

—Hola —dijo animadamente. Luego las palabras se enredaron en su boca—: La última..., cuando nos vimos..., quizá no me recuerdes...

—Jenna Butler.

Jenna bajó los hombros aliviada. Ya no tenía que seguir haciendo el ridículo.

—Así que te acuerdas de mí —dijo en un susurro.

Transcurrieron unos segundos que le parecieron horas bajo el sol abrasador que le quemaba la cabeza y los hombros. Finalmente, él clavó el rastrillo en la tierra con impaciencia y Jenna volvió a inquietarse.

Aunque sabía que su misión no era sencilla y que el favor que acudía a pedirle era cuando menos sorprendente, no había calculado hasta aquel instante, al verse ante él, lo extraordinariamente difícil que le iba a resultar.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó, por decir algo—. Si no me

equivoco, te hiciste una herida.

—He sobrevivido.

—Me alegro —Jenna soltó una risita nerviosa. Gage la contempló impasible. Ella miró a su alrededor para buscar una excusa con la que romper el hielo—. Tienes una propiedad muy hermosa.

—A mí me gusta.

Ya le habían advertido que no era particularmente charlatán, pero Jenna hubiera dado cualquier cosa para que no le costara tanto entablar una conversación. Tenía que caldear el ambiente antes de pedirle el favor que necesitaba. Hizo un nuevo esfuerzo:

—Los caballos son maravillosos —miró hacia los animales—. Según los retratan en las películas, son majestuosos, orgullosos y rebeldes. Parecen salvajes.

Como si supieran que hablaban de ellos, uno de los caballos cabeceó y relinchó.

—Están domados —dijo él—. Si parecen salvajes es por su personalidad. Son inteligentes y fuertes —tras una pausa durante la que miró fijamente a Jenna, añadió—: ¿Has venido a verme para comprar un caballo?

Aquella pregunta arrancó una risa espontánea de Jenna.

—No. Sería incapaz de distinguir un caballo de otro.

No supo interpretar si Gage arqueó una ceja como gesto de irritación o de curiosidad. Gage bajó la mirada al suelo, dio una patadita al rastrillo y luego alzó la mirada hasta encontrarse con los ojos de Jenna.

—Ya has averiguado que me he recuperado del accidente —dijo lentamente— y has alabado mis caballos y mi rancho. Si quieres podemos hablar del tiempo o de la subida de los precios de la gasolina, pero personalmente preferiría que no dieras más rodeos y me dijeras por qué estás aquí.

La pregunta directa dejó a Jenna muda unos segundos, pero igual de súbitamente las palabras acudieron a su boca.

—Mi hermana murió el día de la tormenta, cuando tú y yo nos conocimos. Recuerdo que te dije que debía ir al hospital —sintió la angustia como un peso en el pecho—. Su marido también se mató. Ella duró algunas horas pero… —la emoción le agarrotó la garganta. Tuvo que mirar al horizonte para no desmoronarse. Concluyó la frase en un susurro—. Murió al poco de que yo llegara al hospital.

Pestañeó para contener las lágrimas. No lloraría. No estaba dispuesta a mostrarse vulnerable ante un hombre al que no conocía. Pero debía acabar de contarle su historia De otra manera no podría comprender por qué hacía lo que hacía. El consejo de la tribu la había conducido a una situación desesperada y por eso estaba allí. Pero Gage Dalton no debía considerarla una mujer débil, porque no lo era.

Fue el profundo silencio que percibió lo que la hizo volver la mirada hacia él. Y la profunda compasión que atisbo en sus ojos la desconcertó.

De pronto él apretó la mandíbula y pareció lidiar una batalla interior. Finalmente dijo:

—Conozco bien ese tipo de sufrimiento —tragó saliva—. Espero que tu corazón encuentre reposo.

Ninguna de las palabras y mensajes de condolencia que Jenna había recibido de sus amigos le proporcionó tanto consuelo como aquellas palabras de Gage. Eran a un tiempo sencillas y hermosas. Conmovedoras.

Sintió el calor de las lágrimas en los ojos pero consiguió contenerlas. Todavía tenía que darle muchas explicaciones antes de sacar el delicado tema por el que estaba allí. No podía sentir pena de sí misma.

—Muchas gracias —musitó.

Una bocanada de aire caliente les llegó desde las praderas de Montana. El sol seguía calentándole los hombros y la espalda. Consiguió dominarse.

—Amy estaba casada con un indio Lenape que vivía en Broken Bow —continuó—. Se llamaba David Collins.

—¿El artista? Coincidí con él en un par de ocasiones y he visto su trabajo. Muy abstracto. Lienzos en los que incluía todo tipo de materiales.

—Se llama «técnica mixta».

—Tiene mucho talento —Gage bajó el tono una octava—. Supongo que debería decir «tenía» ¿No firmaba su obra como Foxfire?

Jenna asintió.

—Amy también era artista. Ella y David se conocieron en Chicago, cuando coincidieron en una de las exposiciones de David. Se casaron al poco tiempo.

Gage sacudió la cabeza.

—No había oído nada sobre el accidente.

Por lo que sabía de aquel solitario hombre, a Jenna no le sorprendió.

—Dejaron una niña —dijo—. Lily, mi sobrina. Tiene seis meses.

Los rasgos de Gage se suavizaron. ¿Era tristeza lo que asomaba a sus ojos?

Jenna se sintió nuevamente desconcertada. No había esperado que la comprendiera. Estaba preparada para una respuesta fría e impersonal, y darse cuenta de que se había equivocado aumentó su esperanza de que estuviera dispuesto a ayudarla.

Se retiró un mechón de cabello detrás de la oreja y continuó:

—La noche del accidente, Lily estaba en casa de los padres de

David. Gracias a Dios, no iba con ellos en el coche. Como el estado de salud del señor y la señora Collins les impide hacerse cargo de Lily, la niña ha estado al cargo de una niñera aquí en la reserva. La mujer se llama Arlene Jonson. Fui a verla pero me impidió llevarme a Lily, aduciendo que no tenía el permiso del consejo. Al principio no comprendí a qué se refería. Amy y David no habían hecho testamento, pero yo soy su familia. No necesitaba ningún permiso del estado de Montana para quedarme con la custodia de mi sobrina.

Tomó aire antes de seguir:

—Después un abogado de Billings me dijo que no podía ayudarme. Me explicó que los habitantes de Broken Bow no están sometidos a las leyes de los Estados Unidos ya que los indios americanos tienen una forma de gobierno propia, y que debía dirigir mi petición al consejo de ancianos de la tribu —la voz de Jenna sonaba cada vez más ronca—. Me dio pocas esperanzas de éxito.

Gage alzó la barbilla.

—Todo lo que te dijo es verdad. Nos gobiernan nuestros ancianos. Son ocho hombres y mujeres que...

—Lo sé. Los conozco —dijo Jenna con más brusquedad de la que pretendía. Aquellas personas habían convertido sus últimos dos meses en una pesadilla.

Gage pareció sentirse ofendido por su tono. Se cruzó de brazos.

—Lo siento —se disculpó ella—. No pretendía ser irrespetuosa, de verdad. Lo siento. Es que llevo dos meses de frustración en frustración. He hecho todo lo que el consejo me ha pedido. He respondido todas sus preguntas, incluidas las relativas a mi vida privada presente y pasada. Les he explicado que me he entregado en cuerpo y alma a establecer un negocio de venta por Internet, que quizá por eso no he tenido tiempo de formar una familia. Les he demostrado que es rentable y también me he sometido a un examen médico. He explicado mi filosofía de la vida. He suplicado, he prometido cambiar de vida para educar a Lily. Les he explicado que la muerte de Amy y David me ha abierto los ojos y que ahora la familia lo significa todo para mí. Llevo dos meses rogándoles, Gage. Y sin embargo, siguen rechazándome —Jenna estaba cada vez más exaltada—. Necesito ayuda. Necesito un aliado. Y lo necesito ya.

Súbitamente, la compasión que Gage había mostrado hasta entonces, se evaporó. Según Jenna enumeraba los detalles de sus tratos con el consejo, sus facciones y todo su cuerpo se habían ido tensando. Se había vuelto a transformar en el tipo duro e impenetrable del día de la tormenta. Aquélla se parecía más a la respuesta que Jenna había esperado recibir.

—La única razón por la que estás aquí es porque soy indio —le acusó él—. Crees que puedo influir en el consejo.

Jenna se obligó a sostenerle la mirada. No quería dar la impresión de que se avergonzaba de haber tomado la decisión de ir a verlo.Si había sido capaz de soportar el escrutinio del consejo, podría enfrentarse a un indio Lenape enfadado.Lily la necesitaba y ella necesitaba hacerse cargo de su sobrina. Eso era lo único importante. La posibilidad de perder a la hija de su hermana le rompía el corazón. Tragó saliva. Debía concentrarse en encontrar una buena razón para apoyar su petición.

—No pienso mentirte, Gage —comenzó con voz queda—. Estoy aquí porque eres un indio Lenape. David era el único habitante de Broken Bow que conocía. He trabajado con algunos indios cheyenes, pero no los conozco lo bastante como para pedirles ayuda.

—¿Y a mí sí me conoces?

—No, claro que no. Pero estoy desesperada. Una de las razones por las que el consejo no quiere entregarme a Lily es que soy blanca. Necesito alguien con antepasados indios, alguien de la tribu Lenape y alguien que resida en Broken Bow. Y tú reúnes esas tres características.

El rostro de Gage se ensombreció y Jenna empezó a temer lo peor. Aún así, siguió adelante con su explicación.

—Lily y yo tenemos que estar juntas. Ella es todo lo que me queda de Amy y David. Soy el único familiar que puede ocupar el puesto de una madre. Como te he dicho, los padres de David no están en condiciones de cuidarla. ¡Lleva todo este tiempo con una canguro!

A pesar de sus esfuerzos por no derrumbarse, sus ojos se inundaron de lágrimas de frustración. Una gran lágrima rodó por su mejilla. Alzó la mano y la secó con irritación.

—Por favor, trata de comprenderme —susurró—. Amo a esa niña.

Los músculos de la mandíbula de Gage se contrajeron. Luego, se frotó la barbilla y, mirando al horizonte, se rascó la nuca. Finalmente, volvió a posar los ojos en Jenna.

—Escucha, no es que no quiera ayudarte, si no que.... —sacudió la cabeza y volvió a mirar a la lejanía al tiempo que se pasaba los dedos por el cabello, largo y brillante.

El hecho de que titubeara hizo que Jenna abrigara una vaga esperanza. ¿Cabría la posibilidad de que accediera a llevar a cabo su plan? ¿Tendría la oportunidad de hacerle comprender la gravedad de la situación?Gage se humedeció los labios y Jenna se quedó mirándole la boca. ¿Cómo besaría? ¿Apasionadamente? ¿Con dulzura? ¿Con delicadeza?

Sintió un extraño cosquilleo interno. Cerró los ojos y respiró profundamente. La ansiedad estaba jugándole una mala pasada y haciendo que tuviera pensamientos completamente fuera de lugar.

—Mira, Jenna…

La intensidad con la que los ojos negros de Gage la miraron hizo que Jenna se sobresaltara.

—No comprendo en qué puedo ayudarte —siguió Gage—. Está claro que necesitas un indio que apoye tu causa ante el consejo, pero no soy la persona adecuada —apoyó la mano sobre su pecho con la palma extendida—. Podría proporcionarte una carta de referencia, pero ni siquiera te conozco.

El momento del desenlace había llegado. La realidad cayó sobre Jenna como un peso pesado.

—No necesito una carta de referencia, Gage —no tenía sentido seguir dando rodeos. Tenía que decir a las claras qué era lo que necesitaba—. Tal y como te he dicho, una de las razones por las que el consejo no quiere entregarme a Lily es que soy blanca. La otra es que estoy soltera.

Gage frunció el ceño con expresión de perplejidad. Jenna suspiró. Era evidente que seguía sin comprender y que tendría que expresarse con total claridad.

—Lo que necesito… —dijo, pronunciando lentamente cada palabra— es un marido.

Capítulo 2

Gage miró atónito a la mujer que tenía delante. Sus padres le habían enseñado que mirar fijamente era una descortesía, pero no pudo evitarlo. La petición que Jenna Butler acababa de hacerle lo había sacudido de tal manera que olvidó sus buenos modales.

—Me miras como si estuviera loca —dijo ella—. No es una idea tan descabellada.

«Loca» y «descabellada» eran dos buenas maneras de definirla a ella y a su propuesta.

—Desde hace semanas el consejo utiliza de excusa mi raza para no entregarme a Lily —Jenna cerraba y abría los puños en un gesto inconsciente de nerviosismo—. En la última reunión dijeron que si me llevaba a Lily y la educaba en el «mundo blanco», perdería sus raíces y olvidaría que era una Delaware. Y aunque prometí que no consentiría que eso sucediera, no me creyeron.

Gage la observó detenidamente. Tenía unos rasgos delicados: unas perfiladas cejas enmarcaban sus ojos avellana de densas pestañas, y su pequeña nariz era graciosamente respingona. Su pálida y luminosa piel tenía la calidad del alabastro, luminoso y sin mácula. El sol del mediodía arrancaba brillos de su cabello castaño, que en las puntas se rizaba suavemente, descansando sobre la parte alta de sus pechos rotundos y firmes.

Los músculos del estómago se le contrajeron y se le secó la boca. No tenía ningún sentido admirar el aspecto físico de aquella mujer en un momento como aquél. Alzó la vista y al mirarla a los ojos se dio cuenta de que tenían unas profundas ojeras, prueba de que llevaba muchas noches durmiendo mal.

—Finalmente, me sentí tan frustrada que perdí la paciencia— continuó ella—. Les recordé que Lily era medio blanca y que era injusto que me impidieran criarla por una cuestión racial.

Gage arqueó las cejas con consternación. El consejo de ancianos no estaba acostumbrado a que aquéllos que se presentaban ante él le dijeran lo que estaba bien o mal. Esa decisión dependía de ellos exclusivamente.

—Les dije que adoraba a mi sobrina y que tenían que dármela. Me enfadé tanto que les dije que si no me la entregaban estarían cometiendo un pecado y que se arrepentirían de ello.

Gage tuvo que reprimir una sonrisa al imaginarse la escena. Era evidente que Jenna Butler era una mujer valerosa.

—¿Cómo reaccionaron los ancianos?

Jenna echaba chispas por los ojos.

—Cancelaron la reunión de inmediato. Estuve llamando toda la semana y por fin accedieron a volver a verme ayer. Fue entonces cuando dijeron que mientras estuviera soltera no podría proporcionar

a la niña la estabilidad necesaria —sacudió la cabeza—. No es justo y no pienso darme por vencida, Gage.

Él no tuvo más remedio que admirar su coraje. Tenía una voluntad de hierro. Y la necesitaría si pensaba enfrentarse al consejo de ancianos.Jenna alzó la barbilla.

—No quiero rebajarme a suplicar. Pero si para conseguir tu ayuda debo hacerlo, lo haré. Por favor, Gage, te necesito.

Gage no sabía qué decir. Sacó un pañuelo y se lo pasó por la frente. Necesitaba pensar. Y rápido.

—Gage, por favor.

Algo en su tono hizo que él se relajara.

—Escucha, hay una gran diferencia entre pedirme que te ayude y pedirme...

Fue incapaz de articular la palabra que había tachado de su vocabulario para siempre.

—Que te cases conmigo —concluyó Jenna por él—. Gage, cásate conmigo para que pueda tener a Lily. Si lo haces, el consejo no podrá poner más excusas. Ya no estaré soltera y mi marido será un Delaware.

Gage la contempló horrorizado.

—Estás pidiéndome que engañe a los ancianos de la tribu. No comprendes que si me descubrieran podrían echarme de Broken Bow.

Aunque hacía años que no se tomaba esa medida, entraba dentro de las posibilidades.

Jenna abrió los ojos con sorpresa.

—No lo había pensado —dijo, abatida. Pero al instante recuperó su determinación—. Sin embargo, eso no tiene por qué suceder, Gage. Te prometo que no se enterarán.

Aunque Gage se había enfrentado al consejo en más de una ocasión, en aquel momento sintió la obligación de defender a sus mayores.

—No pretenden torturarte, Jenna. Velan por el interés de tu sobrina. Su segunda prioridad es la tribu. Para los ancianos, la hija de David Collins es una Delaware. Aunque su madre fuera blanca, para ellos la niña es india. Piensa que la tribu es como una familia: la familia Delaware. El bebe...

—El nombre del bebé es Lily —saltó Jenna, furiosa—, y por ella también corre sangre Butler. Puede que sea importante para tu tribu, pero es la única familia que me queda.

A continuación, se mordió el labio y miró hacia el cielo para intentar contener su desesperación. Gage no pudo evitar fijarse en la línea elegante de su cuello. Después, desvió la mirada hacia sus labios carnosos y sensuales. Y pensó que sus besos debían ser tan dulces como la miel.Se enfadó consigo mismo al recordar que había pensado

exactamente lo mismo el día de la tormenta, en su primer encuentro. En aquella ocasión, tenía el cabello pegado a la cara por la lluvia y sus labios de coral brillaban seductoramente húmedos. ¿Cuántas veces habría soñado desde entonces con que se los secaba con los suyos? Como si se tratara de un espíritu, había poblado sus sueños durante semanas. Nunca podía predecir cuándo lo visitaría, pero siempre que llegaba, se despertaba sudoroso y con una pulsante sensación en el cuerpo.

Se enfureció consigo mismo. ¿Por qué era incapaz de controlar su propia mente, su propio cuerpo?Había querido creer que no lograba olvidarse de ella porque le debía una Ofrenda de Vida. Lo que no podía comprender era que sus fantasías siempre adquirieran tintes eróticos.

—Perder a Amy y a David ha sido un duro golpe —musitó ella —. Y no poder tener a Lily es espantoso.

Una lágrima rodó por su mejilla y Gage sintió el deseo de consolarla y proporcionarle la solución que tan desesperadamente necesitaba.

Pero una voz le gritó en su interior que se estaba volviendo loco si era capaz de considerar esa posibilidad. Una unión como la que ella proponía convertiría en farsa lo que él había experimentado. Y perdido. Una unión llena de amor que había concluido demasiado pronto.Casarse con Jenna Butler sería tanto como denigrar el recuerdo de la mujer a la que había amado y a la que continuaba añorando.

Hacer un juramento sagrado para que aquella mujer no perdiera al bebé sería un insulto para la memoria de la niñita que él había perdido de una manera tan trágica. Una niña por la que lloraba cada día de su desgraciada vida.

—Lo siento —dijo, intentando ocultar la intensa emoción que lo dominaba—. Jenna, comprendo cómo te sientes mejor de lo que te imaginas —tragó saliva con dificultad—. Pero no puedo ayudarte.

El dolor que reflejó el rostro de Jenna le atravesó el corazón, pero sabía que no podía dejarse arrastrar por la compasión del momento. Apretó los dientes hasta que le dolió la mandíbula.

—¿No puedes o no quieres? —preguntó ella, indignada.

—Da lo mismo. Si intentas engañar al consejo, corres el riesgo de que te prohíban incluso ver a la niña.

Jenna abrió los ojos desmesuradamente.

—¡No pueden hacer eso!

—Te equivocas. Y es lo que harán si creen que es lo mejor para ella. Ellos representan la ley en Broken Bow.

Súbitamente, Jenna se desmoronó. Ocultó el rostro en las manos y rompió a llorar. Gage metió las manos en los bolsillos para reprimir el impulso de tocarla. Por más que la comprendiera, no podía hacer

nada por ella.

—*¡Tienes una deuda conmigo!* —exclamó Jenna, mirándolo con ojos centelleantes a través de las lágrimas—. Tú mismo me lo dijiste la noche que te salvé la vida. ¿Cómo lo llamaste... ? ¿Un regalo de vida?

Claro que no lo había olvidado. De hecho, era una carga que acarreaba desde hacía semanas. Tenía toda la intención de saldar su deuda de una u otra manera. Si no, su espíritu vagaría y sufriría toda la eternidad, pues su alma no podría cruzar al otro lado. Sin embargo, no estaba dispuesto a admitir que la ofrenda adoptara la forma de una alianza de boda.

—Ofrenda de Vida —le corrigió. Alzó las manos en el aire—. Antes de marcharte me pediste que rezara por tu hermana y lo hice.

—Pero no conseguiste salvar a Amy.

Se miraron en silencio durante unos segundos. Finalmente, habló él:

—No puedes pedirme que me case contigo.

—¿Por qué no? —Jenna frunció el ceño—. ¿Tus creencias te impiden casarte por necesidad?

—No es eso —si hubiera sido menos honrado, Gage podría haber aprovechado para mentirle—. Tienes que admitir que me pides demasiado. Además, no podrás engañar a los ancianos. Les resultará sospechoso que aparezcas con un marido de la noche a la mañana. Por otro lado, asumirán que vendrás a vivir a la reserva conmigo, tu marido.

—Estoy dispuesta a hacerlo —un rayo de esperanza iluminó los ojos de Jenna—. Bastará con un par de meses.

—¡Pero si ni siquiera te conozco! —Gage se puso en jarras. No daba crédito a lo que estaba sucediendo.

—O tres como máximo —siguió ella, sin prestarle atención—. Para entonces les habré demostrado que soy digna de cuidar de Lily. Haré que me vean todo el tiempo con ella, acudiré a todas las reuniones de la comunidad, así como a las celebraciones. He leído en los periódicos que tenéis muchas, ¿no es cierto? —sin esperar respuesta, siguió como un imparable vendaval—. Y siempre que estemos fuera del rancho me comportaré contigo como una devota esposa. Te prometo que nunca sabrán la verdad. Cuanto antes aprenda los más pequeños detalles sobre vuestra cultura, mejor, así podré transmitírsela a Lily. ¿No crees...?

—¡Jenna, para!

Jenna calló.

—No puedo hacerlo —tras una pausa, Gage repitió con solemnidad—. No puedo.

Había esperado lágrimas, pero no se había preparado para la tenacidad que vio reflejada en la mandíbula apretada de Jenna.

—¿Quieres decir que tu vida no merece tres meses de tu tiempo? —preguntó en tono acusatorio.

El sentimiento de culpa cayó sobre Gage como un gran peso. Intentó ignorarlo, pero sólo consiguió sentirse peor. Frunció el ceño. No podía permitir que Jenna lo humillara haciéndole aceptar un trato que...

—Gage Dalton, el día de la tormenta hablaste de la Ofrenda de Vida como si fuera algo muy importante.

Jenna no tenía ni idea de cuánto.

El remordimiento empezó a hacer mella en él y supo que Jenna era consciente de que estaba ganando terreno.

Jenna se cruzó de brazos y lo miró fijamente.

—¿Piensas saldar tu deuda o no?

Jenna Butler lo tenía acorralado y no podía hacer nada para defenderse.

—¿Y puedes demostrarnos que la boda va a celebrarse? —la arrugada cara del chamán se contrajo en un gesto adusto. De todos los ancianos del consejo, Chee'pai había sido el que había rechazado a Jenna con más vehemencia. Desde el primer día se había negado a que Lily abandonara la reserva.

—Por supuesto —dijo Jenna. Tenía un nudo en el estómago y le temblaban las piernas, pero consiguió alargarle el certificado de boda con mano firme.

Él lo tomó y, sin ni siquiera mirarlo, añadió:

—¿Por qué no nos habías hablado antes de que pensabas casarte?

Jenna se irguió.

—No me lo preguntaron.

Chee'pai frunció el ceño, ofendido ante lo que percibió como una impertinencia.

—He respondido a todas las preguntas —le recordó Jenna antes de deslizar la mirada por cada uno de los ancianos—. No he ocultado nada. ¿Por qué iba a contestar preguntas que no me han hecho?

Nadie dijo nada.

—¿Y el hombre es indio? —preguntó otro miembro del consejo.

—Es un Delaware —dijo Jenna—. Vive en Broken Bow. Y Lily y yo viviremos aquí con él. Nos casaremos en el registro de Forsyth en cuanto tengamos los resultados del análisis de sangre.

Lo único que se interponía entre ella y Lily era la prueba de rubéola que exigía el estado de Montana.

Gage se había ofrecido a acompañarla, pero ella había preferido enfrentarse al consejo sola.

Chee'pai había pasado el certificado hacia la izquierda, y uno de los ancianos lo estaba leyendo. Algo de lo que vio pareció

sorprenderle, pero Jenna no tuvo tiempo de averiguar qué era porque Chee'pai continuó con su perorata.

—Para mí —anunció el chamán—, esto no cambia nada.

Jenna se desanimó, pero de inmediato se dijo que él no representaba más que un octavo del consejo y que los demás no habían hablado.Gage le había advertido que era peligroso mentir a los ancianos. Si la descubrían, el consejo jamás volvería a confiar en ella. Jenna quería decir la verdad en la medida de lo posible, pero sabía que haría o diría cualquier cosa para tratar de convencerlos. Por eso había preferido ir sola. No podía confiar en la reacción de Gage si le veía comportarse de una manera extraña.

El certificado de matrimonio seguía pasando de mano en mano.

—Quiero hacer una pregunta.

La mujer que habló tenía unos vivarachos ojos verdes y llevaba su abundante cabello gris recogido en dos gruesas trenzas que le llegaban a los hombros. Estaba algo encorvada por la edad.

—No quiero ser grosera —siguió la mujer—, pero me gustaría saber cuándo conociste a tu prometido.

Jenna sintió que la ansiedad la consumía. Aunque no la hubieran acusado de mentir, aquella pregunta pretendía comprobar si había algo ilegítimo en lo que iba hacer. Aunque había asumido que los ancianos sospecharían de una boda tan inesperada, hasta ese momento ninguno había insinuado que pudiera tratarse de una estratagema para quedarse con la custodia de Lily. Jenna había asumido que sería Chee'pai quien la acusara de mentir. Sin embargo, era evidente que había despertado las sospechas de los demás miembros del consejo.Antes de hablar se aseguró de poder controlar el temblor de su voz.

—Lo conocí antes de que se planteara esta situación, antes de la muerte de mi hermana.

Puesto que no era mentira, lo dijo con la conciencia tranquila.La mujer asintió en silencio.Hoo'ma estaba sentada en uno de los extremos de la mesa y acababa de revisar la licencia. Sus ojos marrones brillaron una fracción de segundo y Jenna sintió curiosidad por la reacción que aquel papel despertaba en los que lo leían.

Hoo'ma recuperó de inmediato su característico sosiego. En su relación con los ancianos, Jenna había aprendido que Hoo'ma era respetada por todo el consejo. Era evidente que se trataba de la representante más anciana y Jenna había deducido que su nombre significaba «abuela» en la lengua de la tribu. Hablaba raramente, pero cuando lo hacía, todos escuchaban con atención.

Hoo'ma se inclinó sobre la mesa y todas las miradas se volvieron hacia ella.

—Veo que vas a casarte con Gage Dalton —dijo.

Jenna se quedó paralizada. La mujer había elevado el tono al pronunciar el nombre de Gage como si quisiera asegurarse que los demás la escuchaban. Los que no habían leído el certificado mostraron una contenida sorpresa. Los que sí, se limitaron a asentir. Jenna estaba más y más desconcertada.

—¿Gage piensa tomar a esta mujer por esposa? —intervino Chee'pai bruscamente, con tono de incredulidad.

Hoo'ma no se molestó en contestarle. Entrelazó sus huesudos dedos y descansó las manos sobre la mesa antes de volver a dirigirse a Jenna:

—El matrimonio es una unión sagrada. Los lazos que atan a hombres y mujeres pueden ser variados. Algunos se deben al amor, otros a la necesidad. Otros... —se encogió levemente de hombros—, ¿quién sabe? Pero el vínculo entre marido y mujer es el hilo con el que se teje el universo, y no se crearía si el Gran Espíritu se opusiera a ello.

Varios ancianos miraron en otra dirección. La insinuada reprimenda que acababa de dedicar a aquéllos que se permitían dudar del futuro matrimonio cargó el aire de tensión.

—Quiero aprovechar esta oportunidad para darte la enhorabuena —continuó la anciana—. En nombre del consejo, os deseo a ti y a Gage una gran felicidad —miró a sus compañeros—. Creo que ha llegado el momento de que Lily vaya al hogar que le corresponde.

—*Ma'ta* —exclamó Chee'pai, poniéndose en pie. Jenna supo que decía «no» en su lengua nativa. El chamán tenía el rostro rojo de furia —. Nuestra tribu es cada vez más pequeña. Enviamos a nuestros hijos a la escuela y no vuelven. Los jóvenes van a trabajar a la ciudad. Si seguimos así, nuestro clan desaparecerá.

Ignorando el exabrupto de Chee'pai, Hoo'ma se dirigió a los demás ancianos.

—Jenna ha accedido a cada una de nuestras peticiones con gran paciencia —esbozó una sonrisa—, al menos casi siempre —bajó las manos al regazo—. Ha prometido respetar el legado Delaware de Lily. Nuestra tradición es asegurar que nuestros niños tengan raíces —se cuadró de hombros para dirigirse a Chee'pai—, También es nuestra tradición darles alas. Si las raíces son lo bastante profundas, no olvidarán sus orígenes.

El chamán masculló algo, pero guardó silencio.

—Este matrimonio es bueno —continuó Hoo'ma—. En cuanto Jenna y Gage se casen, deben tener a Lily y convertirse en una familia. Las heridas sanarán. Estoy segura de que se avecinan tiempos prósperos para todos los implicados. Chee'pai, no comprendo como tú no lo has percibido todavía —tras una pausa que obviamente

pretendía dar espacio a la reflexión, concluyó—: Votemos.



Capítulo 3

—¿Estás molesto por la ceremonia civil? —Jenna por fin reunió el valor para hacer la pregunta a la que llevaba dando vueltas desde que salieron del registro. Miró a Gage de soslayo.

—¿Por qué iba a estar molesto? —respondió él, sin desviar la vista de la carretera por la que conducía su ranchera hacia Broken Bow.

Jenna decidió ignorar su mal humor. Estaba en posesión del certificado de matrimonio que le daba la custodia de Lily, y eso era lo único importante.

Que la ceremonia hubiera sido fría y breve era lo de menos. Estaba demasiado feliz como para preocuparse de formalidades.

Sin embargo, tenía la sensación de que Gage tenía otra opinión

—Te considero una persona muy espiritual —comentó—. Por eso pensaba que tal vez hubieras preferido una ceremonia religiosa en lugar de civil.

—¿Y has llegado a esa conclusión sólo porque soy indio?

Su tono acusatorio desconcertó a Jenna. No pretendía ofenderlo. Gage se adelantó a su respuesta:

—No deberías basar tus opiniones en estereotipos de cómo somos los indios americanos.

Entonces fue Jenna quien se sintió ofendida.

—No acostumbro a tener prejuicios.

Gage arqueó las cejas con desdén.

—Te lo juro —insistió ella, revolviéndose en el asiento.

—¿Y por qué crees que podría molestarme que nos casáramos en el registro civil?

Jenna se encogió de hombros.

—Por los comentarios que hiciste la noche de la tormenta. Te referiste en un tono muy misterioso a que te había obligado a cambiar de planes, y parecías muy preocupado por saldar tu deuda conmigo. No sé —volvió a encogerse de hombros—. Lo cierto es que concluí que eras alguien muy espiritual.

Gage guardó silencio y tomó la salida de la autopista que cruzaba sobre el río Yellowstone.

—Te debo una disculpa —cruzó su mirada con la de ella durante una fracción de segundo—. En mis negocios suelo relacionarme con gente que a menudo me coloca una etiqueta por ser indio y ser un Delaware.

—Gente blanca, quieres decir.

El silencio con el que Gage recibió ese comentario sirvió de respuesta afirmativa.

—Hagamos una cosa —dijo Jenna—. Prometo no encasillarte por ser un Delaware, si tú no me encasillas por ser blanca.

Su tono animado acabó por diluir la tensión en Gage. Sus hombros se relajaron y cuando volvió a mirarla esbozó una sonrisa. Era la primera vez que sonreía, y la curva que formaban las comisuras de sus labios convertía sus atractivas facciones en irresistibles. Jenna sintió que se le aceleraba el pulso y que la temperatura dentro del vehículo aumentaba súbitamente varios grados.

—Trato hecho —dijo Gage con voz aterciopelada.

Jenna sonrió tímidamente y para ocultar su embarazo miró por la ventanilla. Su nuevo marido no debía convertirse en un motivo de distracción. A partir de ese momento, debía centrarse en el cuidado de Lily y en mantener su negocio. Había trabajado mucho hasta alcanzar la reputación de ser «la maga de las páginas web» y, para conservarla, tendría que aprovechar los ratos que Lily le dejara libres. Después de todo, era lo que hacían todas aquellas mujeres que seguían trabajando después de ser madres.

Gage tomó Reservation Road.

—¿Quieres que vayamos ahora por tu sobrina?

—Creía que tendrías que ir directamente al rancho para ocuparte de los caballos —dijo Jenna, desconcertada—. No quisiera molestarte. Puedo ir más tarde.

—Si me viniera mal no te lo habría sugerido.

—¡De acuerdo! —exclamó Jenna, sintiendo un cosquilleo nervioso en el estómago—. Vamos a por ella.

La reserva consistía en un pequeño pueblo con una tienda, una comisaría, una oficina de correos, un restaurante, un centro social y el ayuntamiento, al que Jenna había acudido tantas ocasiones en los últimos meses. A ambos lados de la calle principal había unas casas pequeñas y sencillas. Para cualquier otra persona podía tratarse de un lugar sin encanto, pero para Jenna era en aquel momento el mejor lugar sobre la tierra. Iba a recoger a Lily y a llevársela por fin a casa. Aunque no fuese exactamente su casa.Estaba tan contenta y excitada que se presionó los labios con los dedos por miedo a echarse a reír a carcajadas.Gage detuvo el vehículo delante de la casa de Arlene Johnson. Se trataba de una viuda cuya hija, Hannah, regentaba el restaurante. Arlene adoraba a los niños y cuidaba de varios de ellos por las mañanas. Jenna y ella habían llegado a hacerse amigas.Jenna saltó del coche antes de que llegara a detenerse completamente.

—En seguida vuelvo —dijo por encima del hombro. De pronto se detuvo y se volvió—. A no ser que quieras venir conmigo.

—Prefiero esperar.

—No tardaré —dijo ella, y corrió hacia la casa.

Arlene abrió antes de que llamara. Llevaba a Lily dormida en sus brazos.

—Buenos días. ¿Está todo resuelto?

—Así es —Jenna pasó al interior sin apartar los ojos de su sobrina—. ¿Puedo sostenerla?

Lily cambió de brazos con tanta suavidad que ni se inmutó. Jenna le besó la frente con ternura.

—Enhorabuena —dijo Arlene.

—Gracias, creía que nunca llegaría este momento.

—Me refería a tu boda —dijo Arlene.

—Gracias —Jenna se entretuvo alisando la ropa de Lily.

—Jenna —dijo Arlene, adoptando un tono íntimo—. Te has casado por amor, ¿verdad?

Jenna alzó la vista y sin titubear, dijo:

—Me he casado por el más profundo de los amores.

Aunque Arlene asintió, Jenna tuvo la sensación de que no había logrado ahuyentar sus sospechas.

—Me encantaría quedarme un rato. Pero Gage está esperando fuera.

—Tengo todas las cosas de Lily listas. Te ayudo a sacarlas.

Al verlas aproximarse, Gage bajó del coche y tomó la maleta con la que cargaba Arlene. Jenna observó que, aunque se conocían, Gage la saludaba con cierta frialdad.

—¿Quieres que te ayude a colocar la silla en el coche? —preguntó Arlene a Jenna.

Jenna le pasó a Lily.

—Mejor lo hago sola. Tengo que aprender lo antes posible.

Después de pelearse con las correas y los enganches de la silla sin éxito, Jenna se dio por vencida.

—Será mejor que lo hagas tú —dijo, sonriendo al tiempo que tomaba de nuevo a Lily en brazos.

Mientras Arlene colocaba el asiento, Jenna se fijó en que Gage, que había colocado la maleta en el maletero, miraba al horizonte con expresión tensa.

—¡Por fin! —anunció Arlene, sacando el cuerpo del coche—. En cuanto tengas un poco de práctica podrás hacerlo sola.

Jenna dejó a Lily en el asiento y le puso el cinturón de seguridad. Luego le dio un abrazo a Arlene.

—Gracias por todo, por cuidar de Lily y por todo el tiempo que me has dedicado. Eres una gran amiga.

—Tú también. Lily es muy afortunada de tener alguien que la quiere tanto.

Se sonrieron afectuosamente.

—Podemos irnos —dijo Jenna, dirigiéndose a Gage.

—Si algún día necesitas que cuide de ella, avísame —dijo Arlene.

—No lo dudes —Jenna se subió a la ranchera y bajó la

ventanilla—. Vendré a visitarte con Lily muy pronto.

Arlene sonrió y la despidió con la mano al tiempo que Gage arrancaba.

En cuanto estuvieron en marcha, Jenna temió que Lily recibiera demasiado aire y subió la ventanilla.

—¿Estás bien?—preguntó a Gage.

—Perfectamente.

—No lo pareces. Estás tenso, muy tenso. ¿Conoces a Arlene?

—Todo el mundo la conoce. Fui al colegio con su hija Hannah.

—¿Has tenido algún problema con ella?

—En absoluto —dijo Gage, cortante—. Ella no tiene nada que ver con esto.

—Pero sí es cierto que algo va mal.

Durante unos instantes, Jenna tuvo la seguridad de que Gage no iba a contestarle y pensó que estaba en su derecho. Estaba metiéndose donde no le llamaban.

Finalmente, él dijo:

—No pasa nada malo, Jenna —posó sus ojos negros en ella—. Déjalo estar.

Guardaron silencio el resto del camino.

La casa del rancho era más grande de lo que Jenna recordaba. Tenía un tejado a dos aguas en el centro y a ambos lados se abrían un ala este y otra oeste. Jenna supuso que la habitación acristalada que se veía desde el exterior sería el salón. Era una construcción hermosa en su sencilla rusticidad y se fundía a la perfección en el exuberante paisaje de Montana.Cuando Gage detuvo el coche, Jenna bajó y sacó a Lily. La niña abrió los ojos y bostezó.

—¿Estás despierta? —le susurró Jenna.

Lily le dedicó una sonrisa soñolienta que le llegó a lo más profundo del corazón.

—¿Vienes? —la llamó Gage desde el porche—. Quiero enseñarte la casa antes de ir a los establos.

A Jenna le sorprendió ver que ya había sacado la maleta y la bolsa de pañales de Lily y que estaba abriendo la puerta. Se colocó a Lily en la cadera y rodeó la ranchera con presteza.Tal y como había imaginado, la puerta se abría a un gran salón. Ambas paredes estaban acristaladas y proporcionaban unas espectaculares vistas hacia el norte y el sur del rancho. En un extremo estaban la televisión y el equipo de música. En el otro, una gran biblioteca y varios sillones de aspecto confortable. Una gran chimenea central separaba las dos áreas. A Jenna no le costó imaginarse a sí misma leyendo cómodamente ante aquella chimenea durante una tormenta de nieve, pero al mismo tiempo se dio cuenta de que, si todo salía como esperaba, para cuando llegara el invierno, ella y Lily estarían en su apartamento de Rock

Springs.

—Siéntete como en casa mientras estés aquí —dijo Gage—. Tengo televisión por cable y unos cuantos DVDs. También hay CDs y, como puedes ver, muchos libros.

Aunque hablaba con amabilidad, había cierto grado de crispación en su tono.

—Gracias —musitó Jenna—. Aunque entre cuidar a Lily y mantener mi trabajo al día, no creo que tenga demasiado tiempo para distraerme.

—¿Piensas trabajar?

—Claro. No puedo abandonar mi negocio.

Lily tomó un mechón de su cabello y trató de llevárselo a la boca.

—No, cariño —dijo Jenna—. Mejor toma esto —le dio el chupete que llevaba sujeto en el babero.

—¿Y quién cuidará de tu sobrina?

—Yo, por supuesto. Trabajo desde casa —colocó a Lily en su cadera—. Diseño y mantengo páginas web. Sólo necesito una superficie para colocar mi ordenador y una conexión a Internet. Has comentado que tenías cable, así que será muy sencillo llamar a la compañía y contratar un servicio de alta velocidad. Como comprenderás, pagaré todos los gastos.

Lily le dio una palmadita en la mejilla y Jenna le sonrió. Cuando volvió a mirar a Gage vio que parecía tenso y le preocupó estar robándole demasiado tiempo.

Gage señaló hacia el ala este.

—La cocina y el comedor están en ese lado. Los dormitorios en éste.

Jenna lo siguió por el corredor que recorría el ala oeste. Había cuatro habitaciones, dos a cada lado.

Pasaron de largo el dormitorio principal. Jenna echó un ojo por la puerta entreabierta y vio una gran cama perfectamente hecha. La puerta de la habitación que quedaba enfrente estaba cerrada y Gage la dejó atrás sin ni siquiera señalarla.

—Esta es la vuestra —dijo, dejando la bolsa de pañales y la maleta sobre la cama de otra de las dos habitaciones restantes. —Espero que no te importe compartir dormitorio con tu sobrina.

—Claro que no. La cama es suficientemente grande para las dos —dijo Jenna. Luego habló a la niña—. ¿Verdad que sí?

La habitación era muy amplia y tenía un gran ventanal orientado al sur.

Lily emitió un gritito y Jenna rió.

—¿Ves? A ella también le gusta.

La tensión que emanaba de Gage se hizo en aquel momento

prácticamente palpable. Jenna se sintió culpable.

—Perdona. Estoy segura de que estás muy ocupado. Supongo que esa puerta da al cuarto de baño —dijo. Y dejó a Lily sobre la alfombra.

Obviamente aliviado de que lo dejara marchar, Gage se dirigió a la puerta.

—¿Quieres que traiga tus cosas? —dijo, parándose en el umbral.

Jenna no había tenido tiempo de bajar sus maletas ni su ordenador del coche al llegar aquella mañana desde Rock Springs. Gage la esperaba en el porche y fueron directamente al registro.

—No te molestes —dijo Jenna, sacando varios juguetes de Lily —. Ya me ocuparé yo.

Gage asintió.

—Si me necesitas, estaré en el establo —dijo. Y se marchó.

Jenna miró a su alrededor y frunció el ceño al darse cuenta de que si instalaba allí su ordenador podría perturbar el sueño de Lily. Fue apresuradamente hasta la puerta del dormitorio.

—¡Gage!

Él se volvió desde el final del pasillo.

—¿Qué hay ahí? —preguntó Jenna, y señaló la puerta de enfrente del dormitorio principal—. Lo digo por si puedo instalarme ahí a trabajar para no molestar a Lily cuando descanse.

Una sombra oscureció el rostro de Gage.

—Es territorio prohibido —fue todo lo que dijo antes de desaparecer.

Jenna volvió al dormitorio sin saber si debía sentirse sorprendida u ofendida por sus palabras.

—¿Qué crees tú, corazón? —preguntó a Lily con voz cantarina. La tomó en brazos y la echó sobre la cama para cambiarle el pañal—. ¿Crees que Gage es un ogro malhumorado? —le presionó la nariz como si fuera un timbre y la niña rió—. ¿O tía Jenna no debe interesarse por lo que hay detrás de esa puerta?

La niña dejó escapar un gorgorito y mordisqueó el chupete.

—¿Así que crees que no es de mi incumbencia? —Jenna le quitó el pañal—. Supongo que tienes razón.

Pero mientras cambiaba a Lily, siguió pensando en la habitación «prohibida».

Puesto que el rancho era un negocio, podría tratarse del despacho de Gage. Quizá él no había querido aclarárselo porque estaba ansioso por volver al trabajo. Había perdido toda la mañana con ella.Jenna pensó en la ceremonia que los había convertido en marido y mujer. La sala, las palabras, la austeridad del funcionario... No se parecía en nada a la boda de sus sueños. Pero no se arrepentía, porque el juramento por el que se había convertido en la señora de

Dalton le había dado acceso a su más preciado bien.Lily.

Perdonaría cualquier cosa a Gage porque había logrado lo que de otra manera hubiera sido imposible.Jenna borró de su mente la espartana boda civil y la habitación del otro lado del pasillo y se dedicó a jugar con el bebé. Por lo que había leído en los libros sobre el desarrollo infantil, la hija de su hermana era una niña feliz que progresaba adecuadamente. Con seis meses se sentaba sin apoyo, alargaba las manos hacia los juguetes y si estaba tumbada bocabajo intentaba incorporarse sobre los codos y las rodillas. Pronto gatearía.Jenna se puso súbitamente triste al pensar que Amy y David se lo perderían. Sacudió la cabeza para salir de esa triste reflexión.

—Hoy es un día feliz —dijo en alto—. Un día para celebrarlo. Tú y yo vamos a estar unidas siempre, ¿verdad, cariño?

Tomó a Lily. De camino a la cocina vio que sus cosas estaban colocadas ordenadamente junto a la puerta de entrada. Gage debía haberlas dejado allí.

¡Qué hombre tan misterioso! Un minuto era distante y brusco, y al siguiente, considerado.Mientras Lily jugueteaba en el suelo con las tapas de unas cazuelas, Jenna preparó una papilla. Después de alimentarla y darle un baño, decidió que era hora de una siesta. Pero cuarenta y cinco minutos más tarde, Jenna estaba desesperada. Lily no dejaba de llorar. Jenna la acunó en sus brazos pateando la habitación de un extremo a otro hasta que se quedó dormida. Con cuidado, la dejó en el centro de la cama y la rodeó con almohadas para que no se cayera si rodaba.

Respiró profundamente y tuvo la tentación de descansar unos minutos, pero sabía que no debía. Lily no dormiría mucho rato y ella tenía que aprovechar para hacer cosas.

Al darse cuenta de que tenía hambre volvió a la cocina. Mientras se hacía un sándwich decidió hacer otro para que Gage tuviera algo que comer cuando volviera del establo. Lo estaba metiendo en el frigorífico cuando oyó abrirse la puerta trasera.

—Te he preparado un sándwich —dijo a modo de saludo al tiempo que lo dejaba sobre la mesa.

Gage asintió y sin mediar palabra fue a lavarse las manos al fregadero.

—Para devolverte el favor de meter mis cosas —añadió ella, sonriendo—. Gracias.

Gage volvió a asentir con la cabeza y un mechón de cabello le cayó sobre los hombros. Jenna se preguntó si sería tan sedoso como aparentaba. Y de inmediato se censuró por tener un pensamiento tan inapropiado.El silencio estaba tan cargado que casi podía escucharse. Jenna no se veía capaz de soportar tres meses de tanta tensión.

—Escucha, Gage —tomó el sándwich que se había preparado y

se sentó a la mesa—. Siento haberte robado tiempo esta mañana y que te haya retrasado en tu trabajo...

—No estoy retrasado.

Jenna sabía que estaba algo alterada por lo que le había costado dormir a Lily. Que Gage la interrumpiera con tanta brusquedad acabó con su paciencia.

—Si no estás preocupado por los caballos —dijo, malhumorada —, ni por tu ritmo de trabajo, ¿por qué demonios estás enfadado? Desde que hemos recogido a Lily estás irritable. Si te molesta tener a dos mujeres bajo tu techo, lo siento. No durará, te...

—No tengo ningún problema con las mujeres.

Una nueva interrupción. De nuevo el tono de irritación. ¿Qué le pasaba?

Y de pronto Jenna supo de qué se trataba. Ella misma acababa de decirlo. Gage estaba crispado desde que habían ido a casa de Arlene. En el momento, había creído que Gage tenía algo contra ella. Luego, que estaba ansioso por volver al trabajo. Pero Jenna acababa de darse cuenta de que Gage no había hecho el menor esfuerzo por relacionarse con Lily. Ni la había tocado, ni le había dicho nada. Ni una sonrisa.

—No te gustan los niños —dijo, perpleja. ¿Cómo era posible que a alguien no le gustara un bebé tan adorable como Lily?

Gage apretó los dientes.

—Lo que me sucede es un asunto personal. Accedí a casarme contigo para que te dieran la custodia de tu sobrina, no a dejarme interrogar sobre mi vida privada.

Jenna apartó el sándwich de sí. Acababa de perder el apetito.

—Puede que no quieras hablar de esto, pero es importante. Aunque sólo sea un bebé, Lily es capaz de percibir tus sentimientos hacia ella. Y no se sentirá segura.

—Mira a tu alrededor, Jenna. Aquí hay trabajo para más de un hombre. Es un rancho de caballos, no una guardería. No me he comprometido a ser el papá de la niña.

Jenna se quedó boquiabierta.

—Ni yo te he pedido que lo seas.

—Me alegro, porque no lo voy a ser.

Jenna se quedó paralizada. Se sentía herida, aunque no comprendía muy bien por qué.

—Gage, no sé cuál es tu problema —dijo finalmente, con calma —, pero no voy a consentir que trates mal a Lily.

—Si es así —Gage tomó el sándwich bruscamente y fue hacia la puerta trasera— será mejor que la mantengas alejada de mí.

Salió dando un portazo.

Capítulo 4

Lily palmeó el agua y rió al salpicar. La niña adoraba bañarse. En cuanto Jenna abría el grifo y empezaba a desvestirla comenzaba a reír y a dar pataditas de alegría.

Los cuatro días anteriores habían sido un curso intensivo para Jenna. Ni siquiera toda la documentación que había leído en Internet sobre el tema la habían preparado para la tarea de ocuparse de Lily. Nada de lo que había aprendido reflejaba con exactitud la frecuentemente satisfactoria, ocasionalmente aterradora, a veces frustrante y siempre agotadora experiencia de la maternidad.El peor momento era el de ir a la cama. Lily parecía luchar contra su propio cansancio y terminaba llorando desconsoladamente. Jenna hacía lo posible para calmarla sin éxito. Tras lo que a Jenna le parecían horas, Lily por fin caía dormida, pero en poco más de una hora y media volvía a despertar y la rutina empezaba una vez más. La situación había llegado a tal punto, que Jenna se mantenía despierta en la oscuridad esperando a que el bebé rompiera a llorar.

Había buscado toda la información posible en la red y Arlene le había dado algunos consejos. La acunaba, le cantaba, la mecía caminando arriba y ahajo. Nada parecía funcionar. Y cuatro días así estaban empezando a agotar a Jenna. Tenía un dolor permanente de cabeza y los ojos irritados. Tampoco estaba del mejor humor.

Jenna dejó jugar a Lily en el agua hasta que se le arrugaron las yemas de los dedos.

—Muy bien, cariño —dijo con un suspiro de resignación—. Hora de ir a dormir.

Después de secarla y ponerle el pijama, se sentó con ella en su dormitorio y abrió un libro de imágenes, tal y como había hecho cada noche desde que llegaron a la casa de Gage. Todos los artículos, y también Arlene, recomendaban seguir una rutina estricta.

Pero, tal y como Jenna temía, al poco tiempo Lily empezó a frotarse los ojos y a revolverse. Treinta minutos más tarde, Jenna estaba a punto de llorar de desesperación.

—Vamos, nena —susurró—. Demos un paseo —se puso en pie, giró a Lily de manera que su cabeza reposara en su hombro y antes de salir, tomó una pequeña manta.

Fue hacia el salón, tarareando y frotando con delicadeza la espalda de la niña con la palma de la mano.El sonido de la puerta de entrada anunció la llegada de Gage. Después de la conversación del día de su llegada, Jenna había hecho todo lo posible por evitarlo. No había sido difícil. Gage se despertaba temprano y pasaba el día con los caballos. Sólo volvía ocasionalmente para picar algo o hacer alguna llamada. Jenna no sabía qué hacía tantas horas en los establos, pero había estado demasiado ocupada como para intentar adivinarlo.Arlene

le había dejado una trona, pero para conseguir las demás cosas que necesitaba tenía que ir a Forsyth. Un carrito y una cuna sólo podrían ser transportados en la ranchera de Gage, y, como prácticamente no se hablaban, no había tenido la oportunidad de pedírsela para ir a la ciudad.Gage no se había quejado de que Lily no le dejara dormir. A Jenna le había preocupado al principio, pero con el paso de los días había alcanzado tal estado de agotamiento que ya ni pensaba en ello.

Jenna miró a la niña y se enfadó consigo misma por tener pensamientos negativos. Lily llenaba sus días de felicidad. El único problema era que el cansancio estaba drenando su energía.Gage hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo.

—Hay algo para cenar —dijo Jenna, por encima del llanto de Lily. —. Es poca cosa. He abierto una sopa de lata y he hecho unos sándwiches. Están en el frigorífico. Si quieres...

—No te molestes —dijo Gage—. Voy a darme una ducha.

Cuando Jenna volvía a su dormitorio oyó correr el agua en el cuarto de baño de Gage. Se sentó en la silla y acunó a Lily con la esperanza de que se durmiera antes de que él acabara.Aunque no parecía enfadado, mantenía su actitud distante. Jenna estaba convencida de que podían haber pasado el tiempo juntos de una manera mucho más amigable, pero Gage tenía una personalidad demasiado huraña.

Quizá tenía sus buenas razones para ser así, pero ella estaba lo suficientemente cansada como para intentar descubrirlas. Veinte minutos más tarde, el llanto de la niña seguía rompiéndole el corazón y poniendo a prueba sus nervios. El leve dolor de cabeza se había convertido en un martilleo constante. Había vuelto a pasearse arriba y abajo del salón.

—Lily —dijo con toda la dulzura de que fue capaz—, calla, cariño. Relájate.

—Jenna.

Jenna se volvió sobresaltada. No había oído entrar a Gage.Tenía el cabello mojado y suelto. La camiseta que llevaba se pegaba a sus pectorales y los vaqueros le abrazaban las caderas. Iba descalzo.Jenna lo miró admirada y en medio de su desesperación no pudo evitar pensar que era un impresionante ejemplar de hombre.Pestañeó y tomó aire.

—Siento que te esté molestando —dijo—. Seguro que se duerme pronto. No puede aguantar mucho más tiempo despierta.

Jenna estaba segura de que Gage saldría de la cocina malhumorado pero, para su sorpresa, se acercó a ella. El olor a jabón que desprendía su piel la envolvió.

—¿Me dejas?

En un principio, Jenna no comprendió a qué se refería y lo miró

desconcertada.

Gage alargó las manos.

—Deja que lo intente —dijo, con dulzura.

Jenna le pasó a Lily. Era sorprendente que alguien tan fuerte y musculoso pudiera tomar algo con tanta delicadeza.

—¡Hola, Lily! —dijo él. Aunque no sonreía, su tono era amable.

Jenna no supo en qué momento la niña dejó de llorar, pero el silencio le pareció una bendición. Lily miraba a Gage como si estuviera hipnotizada.

—¿Me dejas eso? —preguntó Gage, señalando la manta que Jenna llevaba sobre el hombro.

—Toma.

Gage extendió la manta sobre el sofá con una mano y colocó a Lily sobre ella

—A los bebés les gusta estar bien envueltos —dijo, al tiempo que doblaba la manta sobre Lily como formando un paquete—. Les recuerda a la sensación de estar en el útero.

Jenna lo contemplaba en silencio, sin poder apartar los ojos de la niña, que de pronto estaba completamente apaciguada. Gage la tomó en brazos una vez más.

—Ven —dijo a Jenna—. Siéntate. Pareces exhausta.

Jenna no tenía fuerzas ni para sonreír. Con un suspiro se dejó caer junto a él en el sofá.

—Tengo la sensación de llevar horas acunándola. Ya sé que no es verdad, pero...

Lily dejó escapar un gritito sofocado que hizo reír a Gage. Aunque había un resto de tensión en su voz, su risa fue como un bálsamo para Jenna.

—Sé a lo que te refieres —dijo él, sin apartar la mirada de Lily —. Su llanto te parte el corazón y es desesperante no poder adivinar qué necesitan. El hecho de que no puedan comunicarse resulta de lo más frustrante.

—Te mira como si la hubieras hipnotizado —comentó Jenna, que no salía de su asombro al ver el comportamiento de Lily con Gage.

Él rio de nuevo quedamente y Jenna sintió otra vez una deliciosa sensación.

—Quizá le recuerde a su padre.

—Puede ser. David tenía los ojos oscuros, como tú. Y también llevaba el pelo largo.

Pero su cuñado no era tan atractivo como Gage.

Jenna se acercó unos centímetros a él.

—Debería aprovechar para llevarla a la cama a ver si se duerme.

—¿Y si empieza a llorar? Sería mejor que intentaras descansar tú un rato.

Jenna sacudió la cabeza enérgicamente.

—No puedo.

—Claro que puedes —de un solo movimiento, Gage se incorporó y, tomando el tobillo de Jenna, le colocó las piernas sobre el sofá.

Jenna sintió un intenso calor en la piel donde él la había tocado.

—No puedo permitírmelo —protestó débilmente—. ¿Y si Lily empieza a llorar? Tiene los pulmones de una cantante de ópera.

—Ya me he dado cuenta.

Jenna se sintió culpable de que su sobrina hubiera perturbado el sueño de Gage y le agradeció mentalmente que no hiciera aquel comentario en tono enfadado. Reprimió un bostezo.

—Como ves, está tranquila —Gage se sentó en una butaca junto al sofá—. Descansa y disfruta un momento de paz —sonrió— Puede que sea muy breve.

Jenna no comprendía por qué estaba siendo tan amable, pero el cansancio le obligó a cerrar los ojos y su mente dejó de funcionar. Lo único que pudo pensar era que Gage tenía una sonrisa maravillosa y que debía sonreír más a menudo.

—Prometo intentarlo.

La voz de Gage le llegó como a través de un largo túnel. Jenna pensó que debía haberlo soñado, pues estaba segura de no haber expresado en alto sus pensamientos. Y luego dejó de pensar completamente y se quedó dormida.Jenna se revolvió y estiró antes de abrir los ojos con un profundo suspiro. El sonido de los pájaros le hizo sonreír. Un delicioso aroma a beicon y café flotaba en el aire y su estómago le recordó que estaba vacío.Era de día. Al darse cuenta, Jenna se incorporó de un salto, retirando la manta que la cubría. El salón estaba vacío, pero llegaba ruido desde la cocina.

Había dormido toda la noche. Súbitamente recordó lo ocurrido la noche anterior. Gage había acudido a rescatarla y le había sugerido que descansara un rato.

¿Habría dormido a pesar del llanto de Lily?

¿Era posible que no hubiera oído a su sobrina?

Se puso en pie y tras peinarse con los dedos, fue a la cocina.

—Buenos días —la saludó Gage—. ¿Quieres café? —alzó la cafetera de la que estaba sirviendo una taza.

—Sería maravilloso —Jenna tomó la taza que Gage le tendió y miró a su alrededor en busca de su sobrina. Para disimular su inquietud, inhaló el aroma del café—. Siento que Lily te haya mantenido despierto toda la noche.

—No me ha despertado ni una sola vez. Y eso que he dejado la puerta abierta por si lloraba y tú no la oías.

Jenna pensó que era un detalle encantador y desconcertante a un tiempo. Seguía sin comprender por qué se comportaba con tanta

dulzura cuando había dicho que no quería tener nada que ver con Lily.

—Me he levantado hace poco —dijo Gage—. Se ve que las dos necesitabais descansar. Y yo también —concluyó, con una sonrisa.

La expresión de su rostro era tan sexy que Jenna se ruborizó. Para disimular, concentró la mirada en la taza.

Gage dejó la suya sobre la encimera, apartó la sartén del fuego y dijo:

—Vamos a ver cómo está —Jenna lo siguió a través de salón. Cuando avanzaban por el corredor, él añadió—: Puede que le disturbe compartir la cama contigo.

—¿Tú crees? La verdad es que quería comprarle una cuna, pero no he encontrado el momento de preguntarte si podías dejarme la ranchera para ir a la ciudad.

Para un hombre que se ponía tan nervioso cuando veía a un niño, era extraño que Gage supiera tanto sobre ellos. Jenna no pudo contener la curiosidad.

—Anoche fue increíble lo que hiciste con Lily. Y contaste lo de que les gusta estar bien envueltos. ¿Cómo sabes tanto?

En lugar de contestar, Gage abrió la puerta de la habitación «prohibida». Jenna miró a su alrededor perpleja. Se trataba de la habitación de un niño, pintada en colores pastel. En un rincón había un caballito de madera blanco y negro, como los pintos de Gage. Las paredes estaban decoradas con una cenefa de ositos de peluche. Los muebles, blancos, le daban un aire etéreo. La luz se filtraba a través de unas delicadas cortinas verdes.

Al mirar hacia la cuna que ocupaba el centro, Jenna vio a Lily dormida apaciblemente, con el dedo en la boca.

—¿Gage? —Jenna tenía cientos de preguntas que hacerle, pero todas ellas le parecieron demasiado personales e inoportunas.

Y de pronto recordó al muchacho de la gasolinera y el comentario que había hecho sobre el cambio que se había producido en Gage tras el accidente. Jenna rebuscó en su mente intentando recordar cualquier otro detalle que le hubieran contado.

En una fracción de segundo, todas las piezas del puzzle se unieron. Y la imagen que formaron fue devastadora. Todo lo que Gage había hecho la noche anterior, todo lo que había dicho sobre Lily, o sobre los niños en general, de pronto adquirió un nuevo significado.

—Gage… —dijo, tentativamente—, tú has sido padre.

Gage asintió. La tensión se reflejaba en su rostro.

—¿Estás divorciado?

Gage sacudió la cabeza. La otra posibilidad era demasiado espantosa.

—¿Viudo?

Gage asintió.

—Lo siento —dijo Jenna—. Lo siento. No lo sabía. Me dijeron algo sobre un accidente, pero no tenía ni idea de que hubieras perdido a tu mujer. Y a tu hijo. Te juro que no lo sabía.

Jenna no podía parar de balbucear. Hubiera querido hacer un montón de preguntas que no se atrevió a formular.

—No debemos despertar a Lily —Gage señaló la puerta—. Vamos a la cocina.

Unos minutos más tarde se sentaban a la mesa de la cocina con sendas tazas de café. El beicon se quedó olvidado en la sartén.

—Perdona por no haberte dejado usar antes esa habitación, pero... —empezó Gage

—No tienes que disculparte. Te comprendo perfectamente. Si no quieres que Lily la use, compraré una cuna, tal y como había planeado, y la instalaré en mi dormitorio —Jenna jugueteó con un trozo de papel que había usado de posavasos. No sabía qué decir después de lo que acababa de descubrir. Cualquier comentario le parecía una frivolidad.

Tras un prolongado silencio, Gage sacudió la cabeza.

—Es una tontería conservar esa habitación vacía. Al principio no me gustaba la idea de que fuera utilizada, pero es el sitio perfecto para Lily.

Volvió a hacerse el silencio entre ellos. La mente de Jenna bullía con preguntas sobre el accidente, pero se resistía a verbalizarlas. Si Gage quería hablar lo haría por sí mismo. Ella no tenía derecho a hurgar en su vida privada.

De pronto, él dejó la taza sobre la mesa y suspiró.

—Fue un accidente de coche —se quedó con la mirada perdida y acarició mecánicamente el asa de la taza con el dedo pulgar—. Mary Lynn, mi mujer, conducía. Yo iba en el asiento del acompañante y Skye, nuestra hija, en el asiento de atrás.

Hizo una pausa. Tenía cada músculo del cuerpo y del rostro en tensión. Tragó saliva y continuó:

—Hacía un día precioso y no íbamos a gran velocidad. Nada podía anticipar lo que ocurrió, ni que aquel día se convertiría en la peor pesadilla de mi vida.

Jenna lo escuchaba conteniendo el aliento.

—Sigo sin saber qué animal era —siguió Gage—. Pudo tratarse de un visón o de una comadreja. Sólo sé que vi algo peludo cruzar la carretera. Mary Lynn dio un volantazo demasiado brusco y pisó los frenos a fondo. Tanto que se bloquearon. Él caso es que la parte trasera derrapó, chocó contra la mediana y salimos disparados por los aires. Al caer, el coche dio varias vueltas antes de pararse boca abajo.

Mientras describía la escena, entrelazó los dedos alrededor de la

taza con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Jenna temió que llegara a romperla.

—Yo apenas me hice un rasguño. Mary Lynn y Skye murieron al instante.

Jenna alargó la mano y le presionó el brazo afectuosamente. Gage pareció relajarse.

—Fue un accidente —concluyó—. Nadie tuvo la culpa —tomó aire antes de continuar—, pero no puedo evitar sentirme culpable por haber sobrevivido.

Jenna sintió que se le encogía el corazón.

Cuando lo conoció, le había parecido un hombre arisco y antipático. Pero acababa de descubrir que tenían mucho más en común de lo que pensaba: no era más que un ser humano aplastado por el peso del dolor y de la culpabilidad, que se esforzaba por seguir adelante a pesar de todo.

Retiró la mano que mantenía apoyada en el brazo de Gage.

—Es lógico que te sientas así.

Tras una pausa, Gage dijo:

—Supongo que sí —se apoyó en el respaldo y dio un sorbo al café—. Debería haber vaciado la habitación de Skye hace tiempo, pero siempre encontraba alguna excusa para no hacerlo —concluyó, bajando la voz.

—¿Cuántos años tenía Skye? —preguntó Jenna con dulzura.

Gage sonrió con tristeza.

—Acababa de cumplir un año.

—¡Tan pequeña! —musitó Jenna. Un escalofrío le recorrió la espalda al darse cuenta de algo—: Lily debe...

Iba a decir «recordarte a Skye», pero se contuvo.

Muchos momentos de los días que llevaban juntos adquirieron significado en aquel momento: la negativa de Gage a casarse con ella para que consiguiera la custodia de Lily, su actitud al ir a recoger a la niña, las largas horas en los establos.

No trataba de evitar a Lily, sino los recuerdos de la hija que había perdido tan trágicamente.

—Quiero que sepas que te estoy muy agradecida por todo lo que has hecho por mí y por Lily —balbuceó—. Y aun más ahora que conozco las circunstancias.

—Me limito a pagar mi deuda.

Jenna sonrió.

—Puede que tú lo veas así, pero para mí... —de pronto se quedó sin palabras y una luz de alarma se encendió en su mente. No comprendía por qué Gage había cambiado de actitud tan súbitamente —. ¿Por qué te has decidido a dejar que Lily use el dormitorio? ¿Por qué me has hablado del accidente? Hasta ahora te habías negado a

decirme nada de tu vida privada. : |

—Ninguno de los dos hubiéramos podido soportar una noche más en vela.

Jenna esquivó su mirada. No supo muy bien por qué, ni qué respuesta esperaba de él, pero la que recibió le resultó decepcionante. ¿Acaso hubiera querido escuchar que Gage confiaba en ella y quería contarle sus secretos? ¡Qué tontería! ¿Cómo iba a cambiar la opinión que tenía de ella si apenas habían pasado tiempo juntos?

Si Gage había decidido dejarles usar el dormitorio de su hija era porque Lily necesitaba una cuna. Punto. Y le había hablado de su mujer y de su hija porque... Porque tenía que explicar de alguna manera el hecho de que, viviendo solo, tuviera una habitación preparada para un niño.A ella no debían importarle las razones. La cuestión era que Gage había confiado en ella y eso cambiaba radicalmente la opinión que tenía de él.

Por fin lo comprendía un poco más. No, la corrigió una voz interior: lo comprendía mucho mejor. El cálido sentimiento que albergaba en el pecho por él la tomó de sorpresa. De hecho, lo que fue inicialmente una sensación agradable la inquietó tan súbitamente que arrugó el ceño.Cuando acudió a pedir ayuda a Gage no se había planteado la posibilidad de llegar a sentir compasión o simpatía por él. Esos eran sentimientos peligrosos que podían llegar a ser intensos, incluso íntimos. No sería difícil para una mujer enamorarse de Gage...Al pensar en casarse con alguien para conseguir la custodia de Lily no se le había pasado por la cabeza que las circunstancias se complicaran sentimentalmente entre ella y Gage. Pero aquel matrimonio de conveniencia ya no le resultaba tan indiferente. Frunció aún más el ceño. Tras la amabilidad que Gage le había mostrado la noche anterior y oír su trágica historia, le resultaba imposible considerar a su marido como a un hombre cualquiera.

Capítulo 5

—¿Puedo acompañarte?

La pregunta de Gage hizo que Jenna girara la cabeza y le sonriera.

—Es tu porche.

La puerta con mosquitera chirrió al abrirse. Gage salió.

—Parecías pensativa y no quería molestarte.

Llevaban ya casi dos semanas conviviendo y Jenna estaba contenta con cómo iban las cosas. Lily parecía haberse asentado, ella estaba consiguiendo hacer algo de trabajo y a Gage ya no le perturbaba la presencia de la niña.

—Acabo de dejar a Lily durmiendo —explicó Jenna—. Debería estar trabajando pero no he podido resistir la tentación de salir unos minutos.

Gage se sentó en el mismo escalón que ella y Jenna identificó de inmediato el olor a jabón de su piel. Era un aroma que había llegado a preferir a cualquier colonia.

—Hace una noche maravillosa —comentó ella.

—Nunca me canso de contemplar las estrellas.

—Es como un manto de terciopelo negro salpicado de diamantes —Jenna no solía ser tan poética, pero se sentía en un estado de ánimo peculiar. Había sido un día especial.

Después de jugar con Lily durante un buen rato, ésta había dormido profundamente y ella había podido resolver un problema de trabajo especialmente complicado. Así que estaba de muy buen humor.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó a Gage—. ¿Has conseguido todo lo que necesitabas de la ciudad?

—No. Siento haber vuelto tarde.

Jenna sonrió para sí. Era increíble que se hubiera operado un cambio tan grande en solo dos semanas. Durante los primeros días, Gage estaba malhumorado y trataba de pasar el mayor tiempo posible fuera de casa. Y de pronto se disculpaba por no haber llegado a la hora que había dicho que volvería. Cualquiera que los estuviera escuchando habría asumido que eran un matrimonio de verdad.

—He encontrado en la nevera el guiso de pollo que me has dejado —dijo él—. Estaba buenísimo. Eres una gran cocinera.

—Gracias. Tuve que aprender a ocuparme de las tareas domésticas muy pronto.

—¿Sí?

Jenna miró a la oscuridad.

—Cuando tenía doce años, mi madre se cortó y tuvo que recibir muchos puntos —el recuerdo de aquellos momentos hizo que se le secara la boca—. No se cuidó bien la herida y sufrió una septicemia

que acabó con su vida.

—¡Es espantoso! —dijo Gage

Jenna asintió.

—Amy tenía nueve años, así que yo asumí el papel de madre. Mi padre era una buena persona pero tenía un pequeño problema con el alcohol —la verdad era que se trataba de un alcohólico—. Cambiaba de trabajo constantemente —Jenna se encogió de hombros—. Así que yo hacía lo posible para que la casa no se tambaleara. Cuando faltaba dinero, conseguía algún trabajito para comprar comida.

—Debió ser muy duro.

Jenna se volvió hacia él.

—Estoy segura de que hay muchas personas con vidas mucho más difíciles. Al menos Amy y yo teníamos una techo bajo el que cobijarnos.

—¿Tu padre sigue viviendo en Rock Springs?

—Murió hace dos años. Tenía el hígado destrozado.

Gage la miró con tristeza.

—Dadas las circunstancias, supongo que Amy y tú estabais muy unidas.

Jenna sintió un escalofrío

—No tanto como debiéramos haberlo estado. Cuando Amy acabó el colegio nuestras ideas sobre su futuro entraron en conflicto. Mientras que yo quería que fuera a la universidad, a ella sólo le interesaba pintar. Después de una discusión peor que las habituales, hizo las maletas y se fue a Chicago. Apenas mantuvimos contacto, hasta que un día me llamó para decirme que volvía a Montana para casarse con un artista llamado David Collins. Se instalaron en Broken Bow porque les resultaba más económico, y fueron muy felices. Para mí fue maravilloso recuperar mi relación con ella.

Tras un breve silencio, Gage dijo:

—Ahora sé algo más sobre tu hermana Amy, pero ¿qué me dices de ti? ¿Fuiste a la universidad?

—No. He hecho varios cursos, pero no conseguí hacer una carrera.

Gage rió.

—Así que querías que tu hermana hiciera lo que le decías y no lo que hacías.

Jenna sonrió avergonzada.

—Algo así. Pero descubrí muy pronto a qué quería dedicarme.

—¿A la informática?

—Sí. Justo después de terminar el bachillerato, el colegio cambió de ordenadores y yo tuve la suerte de que me tocara uno de los viejos. Asistí a unos cuantos cursos y en la panadería del barrio me pidieron que les hiciera una página Web. En el fondo no creían que

fuera a servirles de nada —Jenna se encogió de hombros—. Ni yo tampoco. Pero al poco tiempo estaban mandando sus pasteles y panes a todo el país, así como a Japón e Inglaterra. *Pasteles de capricho* sigue siendo uno de mis mejores clientes. Puedo decir con orgullo que dirijo un negocio muy lucrativo.

Pero la lección que había aprendido recientemente había contribuido a que valorara esa parte de su vida de una manera muy distinta a como lo había hecho hasta entonces.

—Aunque ahora preferiría que no lo fuera tanto.

Gage arqueó las cejas en una muda pregunta.

—Amy y yo habíamos pasado tantas necesidades —Jenna explicó—, que ganar dinero se convirtió en una obsesión para mí. Sólo vivía para conseguir más clientes. Amy se hizo mayor en un abrir y cerrar de ojos y luego se marchó, pero para mí lo único verdaderamente importante seguía siendo crecer como negocio —puso los ojos en blanco—. Creía que siempre tendría tiempo para recuperar mi relación con Amy. Pero, aunque nos vimos de vez en cuando, una vez volvió a Montana, mi prioridad siguió siendo él trabajo —sacudió la cabeza—. Haber sido pobres hizo que ganar dinero se convirtiera en una especie de droga.

—Dado tu pasado, me parece muy natural, Jenna.

Aunque Jenna apreció que Gage se mostrara tan comprensivo, miró en otra dirección y dijo con voz queda:

—Lo cierto es que tras una breve conversación con una enfermera descubrí que «siempre» puede ser un periodo de tiempo limitado —podía sentir los ojos de Gage clavados en ella. Su mirada era tan intensa que era prácticamente tangible—. Por eso conseguir la custodia de Lily era primordial para mí.

No estaba segura de por qué estaba hablando con tanto detalle de sí misma. Podía deberse a que echaba de menos un poco de compañía adulta después de tantas horas de «gugu gaga». O quizá deseaba que Gage la conociera un poco mejor.

La implicación de que ése fuera el verdadero motivo de su confesión la sumió en un estado de confusión momentáneo.

Pero cualquiera que fuera la razón de su comportamiento, lo cierto era que necesitaba que Gage supiera por qué le había propuesto un matrimonio de conveniencia a un completo desconocido y por qué había estado decidida a cambiar de vida radicalmente por un bebé.

—He aprendido una severa lección —continuó—. La vida puede cambiar en cuestión de segundos —era muy consciente de que él también había aprendido esa lección—. La familia es mucho más importante que el dinero o el éxito profesional. Y quiero pasar el resto de mi vida enseñándole a Lily lo que no supe enseñar a Amy. Que la amo y que quiero cuidar de ella por encima de cualquier otra cosa.

—Estoy seguro de que ya lo sabe —dijo él, en tono sombrío—. Te dedicas a ella en cuerpo y alma.

Súbitamente Jenna se dio cuenta de que llevaba un buen rato hablando de sí misma.

—Y tú te entregas al rancho y a los caballos al cien por cien. Trabajas un montón de horas —comentó.

Dos semanas antes no hubiera soñado con hacer un comentario con el que buscaba tan abiertamente que Gage hablara sobre sí mismo. Pero desde la noche en la que había dejado que Lily durmiera en la habitación de Skye y le había hablado del accidente, tenía una actitud mucho más relajada y sociable. Aún así, Jenna había identificado varias ocasiones en las que su sufrimiento era palpable.

—Tengo mucho trabajo —explicó él—. Mi padre estableció el negocio de la cría de caballos y trabajó hasta la extenuación para poder dejárselo a sus hijos. Estuvo casado con su primera mujer quince años. Al ver que no se quedaba embarazada, ella se divorció de él. Así que mis padres habían pasado los cuarenta cuando se conocieron y me tuvieron a mí—sonrió antes de añadir—. Al menos una vez al año, normalmente el día de mi cumpleaños, siguen diciéndome que fui para ellos una verdadera bendición.

—Es una bonita historia familiar —dijo Jenna.

Gage rió.

—Supongo que sí. El caso es que cuando Mary Lynn y yo nos casamos hace tres años, mis padres estaban deseando jubilarse. Compraron una caravana y se dedicaron a viajar por todo el país. Finalmente, se enamoraron del desierto de Arizona, y como además el clima es bueno para la artritis de mi madre, decidieron instalarse allí. Yo no me sentí capaz de seguirlos. Adoro este lugar, el rancho, los caballos... —Gage miró hacia los establos—. Siempre supe que aquí estaba mi proyecto de vida.

Hizo una prolongada pausa. Cuando Jenna pensaba que ya no contaría nada más, apoyó los codos en las piernas y continuó:

—Estuve a punto de perderlo todo cuando murieron Mary Lynn y Skye. Antes tenía el doble de caballos y contaba con la ayuda de dos peones. Tras el accidente...

Dejó caer la cabeza y su cabello se deslizó hacia delante como una cortina de terciopelo negro.

—Perdí la energía, o el interés, o quizá las dos cosas.

—No es de extrañar, Gage. Fue un golpe muy duro.

Gage se irguió y la miró.

—El que has recibido tú no lo ha sido menos.

Jenna sintió un cosquilleo en el vientre que se extendió por sus brazos y piernas. Tenía la sensación de quemarse por dentro. Gage emanaba una poderosa fuerza que la atraía como un imán. No podía

seguir negándolo. Se sentía irresistiblemente atraída por Gage Dalton.

Lo cierto era que tenía poca experiencia con los hombres. De hecho, con veintiséis años, debía ser la virgen de más edad de todo Montana. Pero el caso era que ninguno de los pocos novios que había tenido había despertado en ella las reacciones físicas que Gage le causaba con solo mirarla.

Bajó la mirada para ocultar su turbación.

—Los dos hemos sufrido experiencias muy dolorosas —dijo, titubeante—, pero tenemos madera de supervivientes, ¿no te parece?

Aunque sonrió tímidamente, no osó mirar a Gage a la cara. Necesitaba más tiempo para recuperar la compostura.

—Puede que ésa sea la mejor manera de describir lo que he estado haciendo el último año.

El tono pesimista que usó Gage la tomó de sorpresa. Alzó la barbilla y lo miró a los ojos.

—¿Y te parece poco? —preguntó con firmeza—. La gente sobrevive lo mejor que puede. Tú has conseguido sacar el rancho adelante y yo he puesto toda mi energía en Lily. Tenemos que estar convencidos de que las cosas mejorarán Gage, de que las noches no serán siempre tan largas. El sol se levantará y un nuevo día amanecerá.

Su rostro se iluminó al ver que arrancaba una sonrisa de Gage, quien apoyó las manos en las piernas y rió.

—Ahora sí que suenas como uno de los sabios.

—¿De quién?

—Los ancianos. Acostumbran a quitar importancia a los problemas con discursos elevados que normalmente ejemplifican con una leyenda. Es una de las tradiciones *lenape*.

Jenna sonrió.

—Jamás me consideraría sabia, pero no hay ningún mal en tratar de animar a alguien que está deprimido.

—Desde luego que no —dijo Gage con una voz profunda que resonó en el interior de Jenna como una caricia.

—Ya que has sacado el tema de la cultura *lenape* —dijo ella—, me gustaría que me contaras algo de su historia.

—¿Qué te gustaría saber?

—Tengo que admitir que no sé nada de la historia de los indios americanos. Sé que hay un famoso episodio que se conoció como «el sendero de las lágrimas». Recuerdo haber aprendido en el colegio que los indios se vieron obligados a abandonar sus tierras cuando llegaron los europeos. Pero aparte de eso… —alzó la mano abierta hacia arriba —. Me da vergüenza ser tan ignorante, pero al morir mi madre las tareas de casa no me dejaban tiempo para leer.

Gage le dedicó una dulce mirada que la hizo estremecer.

—Los *lenape* no participaron en «el sendero de las lágrimas» —explicó—. Ese episodio representó el desplazamiento de nuestros hermanos *cherokee*. En 1838, toda la nación *cherokee* fue obligada a trasladarse desde su Georgia a Oklahoma. Las condiciones del viaje fueron espantosas y más de cuatro mil *cherokees* murieron en el camino. La traducción literal de ese episodio es «el sendero donde se llora».

Jenna se ruborizó avergonzada.

—Siento haberme referido a los indios como un todo. No pretendía ser descortés. Sé que pertenecéis a varias naciones dentro de las que hay distintas tribus. Sé que en Montana hay *sioux, crows, cheyenes*…

—No te preocupes, Jenna, no me has ofendido.

Jenna cerró la boca y apretó los labios.

—La migración de los *lenape* hacia el oeste se produjo cien años antes.

—¡Cien años antes! ¡Se ve que los colonos se dieron prisa por ocupar territorio!

Dedujo que Gage sonreía ante su espontánea reacción de indignación.

—Tuvimos la mala suerte de que nuestros territorios fueran los más próximos a las primeras colonias. Sin embargo, de acuerdo a nuestros antiguos historiadores, William Penn llegó a un acuerdo justo con nuestros antepasados. Fueron sus representantes, una vez que Penn volvió a Inglaterra, quienes comenzaron a vender tierra para saldar sus deudas. Lo malo fue que esa tierra pertenecía a los *lenape*.

Suspiró profundamente antes de continuar:

—Tienes que comprender que los indios no entienden el concepto de posesión o venta de la tierra. Para ellos es una noción tan absurda como pretender vender aire. La tierra pertenece al Gran Espíritu. Así que los colonos se aprovecharon de la ingenuidad de nuestros antepasados. Los hombres de Penn les mostraron un documento falso asegurándoles que nuestros antepasados lo habían aceptado cincuenta años antes, en el que entregaban al gobierno todo el terreno que pudiera alcanzarse en una marcha de un día y medio.

—¿Era un documento completamente falso?

—Sí, pero los *lenape* se sintieron obligados a cumplirlo porque creían que debían honrar el acuerdo al que, supuestamente, habían llegado sus mayores.

—¡Qué sinvergüenzas! —masculló Jenna.

—La historia aún empeora. Los líderes *lenape* acordaron que sería el terreno que pudiera caminarse en un día y medio, asumiendo que los hombres de Penn no podrían recorrer más de dos o tres millas. Pero en lugar de eso, los agentes eligieron una línea recta y

contrataron a tres corredores. Al final del día, eligieron al que habían recorrido la mayor distancia: cincuenta y cinco millas.

Jenna sacudió la cabeza con expresión indignada.

—Los representantes de Penn adquirieron mil doscientas millas cuadradas del territorio *lenape* en un solo día. Y a lo largo del siglo siguiente, tuvimos que desplazarnos en numerosas ocasiones, los clanes se dividieron y se desperdigaron como granos de trigo en el viento. Mis antepasados acabaron aquí, en la reserva de Broken Bow.

—A mí me encantaría conocer mis orígenes como tú conoces los tuyos —dijo Jenna—. Pero sólo sé que mis abuelos por parte de madre eran holandeses y los padres de mi padre, irlandeses —se retiró un mechón de cabello detrás de la oreja— Me gusta que tu tribu conserve sus tradiciones y se aferre a su cultura.

Gage giró el cuerpo para apoyar la espalda en el pilar del porche. Ya no tenía que volverse para ver a Jenna de frente y ésta se dio cuenta de que, en lugar de incomodarla, le agradaba estar en su punto de mira.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo él—, aunque sería una tontería que no nos aprovecháramos de las nuevas tecnologías. Aun así, es cierto que uno no debe olvidar sus raíces. Nosotros hacemos lo posible por recordarlas. Por eso celebramos fiestas tradicionales con música, comida...

—¿Hay alguna en estas fechas? Me encantaría asistir.

Gage se tensó.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jenna—. ¿He dicho algo que te haya molestado?

—No —Gage arrancó unas hierbas que crecían entre los tablones del suelo del porche—. Es sólo que hace mucho que no acudo a ninguna de las reuniones de la tribu.

Jenna no tuvo que preguntar para saber desde cuándo.

—Pues ya es hora de que eso cambie —dijo.

Y allí estaba de nuevo. Una fuerza invisible pero poderosa que la atraía como un agujero negro hacia él.

—Puede ser —dijo él, enroscando perezosamente en el dedo la brizna de hierba.

—Me refería a que... —Jenna se sintió súbitamente nerviosa—. Me gustaría acudir para demostrar a los ancianos que estoy haciendo bien las cosas y que intento aprender sus costumbres. No me sentiría cómoda si tú no me acompañaras.

Por alguna extraña razón, aquel comentario le hizo sentirse aun más torpe. Se humedeció los labios. Gage conseguía turbarla incluso cuando no trataban temas personales.

—Como comprenderás, lo haríamos por Lily.

Gage pestañeó con una deliberada lentitud.

—Por supuesto —dijo—. Sólo por Lily.

Capítulo 6

La puerta del guardamuebles se abrió con un chasquido. Un golpe de aire seco golpeó el rostro de Jenna. Tenía los nervios a flor de piel.

—¿Estás segura de que estás preparada? —preguntó Gage.

—No lo sé —admitió ella con sinceridad—. Pero debo echar un vistazo.

Habían dejado a Lily con Arlene durante unas horas para ir al guardamuebles donde estaban las pertenencias de David y Amy. Jenna abrió la puerta de par en par para dejar que entrara la luz y dio al interruptor.

La bombilla desnuda que colgaba del techo proyectó su luz sobre las ordenadas pilas de cajas de cartón, cerradas y etiquetadas.

—Parece que está todo muy organizado —comentó Gage.

—Así es —Jenna se adentró por el estrecho pasillo que quedaba entre las cajas—. Los ancianos me dijeron que había que vaciar la casa lo antes posible. Yo hubiera querido ocuparme, pero no pude.

—¿La casa pertenecía a la tribu?

—Sí. Según me dijo Amy el alquiler era muy bajo.

—Hay varias casas así en la reserva. Y una larga lista de espera para conseguirlas.

Jenna asintió.

—Por eso los ancianos querían vaciarla lo antes posible. En su momento me molestó que me dieran prisa, pero es que estaba superada por las circunstancias. Además de pelear por la custodia de Lily, me ocupé de organizar el funeral. Ya te dije que los padres de David no se encuentran bien.

—Tenías demasiadas responsabilidades.

Gage habló en un tono tan dulce que Jenna se volvió a mirarlo y vio que la observaba con una expresión compasiva que hizo que, por primera en mucho tiempo, Jenna no se sintiera sola.

—No me quejo. Estaba contenta de rendir un homenaje a Amy y David, y de honrar el recuerdo de su vida en común —dijo, con una sonrisa —los recuerdos del día del entierro se agolparon en su mente —. Organicé una ceremonia muy sencilla. Yo no tengo apenas familia y los padres de David no me dijeron cuánta gente esperaban. Quizá debía habérselo preguntado. Lo cierto es que acudió una multitud. Y muchos de ellos llegaron desde muy lejos.

—No es de extrañar. Recordar a aquellos que han vuelto junto a nuestros antepasados es una parte importante de nuestra cultura.

Jenna acarició el borde de una caja con mirada ausente.

—Antes de que cerráramos los ataúdes, la madre de David cubrió a mi hermana y a su hijo con unas preciosas mantas que ella misma había hecho.Nunca lo olvidaré. Y en el cementerio, la gente les

dio unos maravillosos regalos: joyas, una pluma blanca, un espejo de plata, un animal disecado. Hasta dinero.

—Acostumbramos a llevar presentes a los que se han ido.

—¿Dinero? —Jenna no salía de su asombro—. Al dejar el cementerio vi numerosos billetes cerca de las lápidas. No comprendo cómo no los roban.

—Nadie osaría ultrajar a los muertos. Son regalos que muestran respeto y amor.

—¡Es increíble! —Jenna sacudió la cabeza con admiración—. Y después, hubo una comida espectacular que pareció surgir de la nada. Fuimos a la casa de los padres de David, donde todo el mundo colaboró para colocar mesas y sillas en el jardín. Y, en un abrir y cerrar de ojos, surgieron fuentes llenas de comida. Fue pura magia.

Gage asintió sin mostrar la menor sorpresa.

Jenna se pasó la mano por el cabello.

—Gracias por escucharme. Todos estos recuerdos me han venido a la cabeza al tratar de explicarte por qué no pude ocuparme de vaciar la casa yo misma —suspiró—. Pero aunque me enfurecí con el consejo por presionarme, comprendía que la necesitaban para otros inquilinos. Supongo que la habrían vaciado aunque se lo hubiera prohibido —concluyó con una sonrisa.

—Probablemente —confirmó Gage.

—Alquilé este guardamuebles y una agencia se encargó de traerlo todo. Se supone que debe haber un listado en algún sitio —caminó entre las cajas leyendo las etiquetas: «cocina: cubertería», «salón: objetos decoración».

Puso los brazos en jarras. En algún momento tendría que revisarlo todo. Guardaría algunas cosas para Lily y tiraría el resto. Pero la idea de deshacerse de los objetos de Amy y David le resultaba insoportable. Al menos mientras su recuerdo siguiera causándole tanto dolor. Quizá con el paso del tiempo...

El tiempo lo curaba todo.

Sus ojos se posaron sobre una caja en la que decía: «dormitorio: fotografías y álbumes». Sin pensarlo, Jenna la abrió. Encima del todo había dos fotografías enmarcadas. La primera era una en blanco y negro de Amy de bebé. Una Jenna de tres años abrazaba a su nueva hermanita mientras su madre las contemplaba a ambas con ojos luminosos.

La segunda era mucho más reciente. Amy estaba sentada junto a Jenna en un sofá, y Lily estaba echada entre las dos.

Mientras contemplaba las fotografías, Jenna sintió que la tristeza la invadía como una gigantesca ola. Se sentó en una caja y no pudo contener la emoción ni un segundo más.Gage volvió de uno de los extremos del cubículo. Había llamado a Jenna porque acababa de

hacer un descubrimiento sorprendente, pero ella no había respondido. Aunque el espacio era limitado, algunas de las pilas de cajas llegaban hasta el techo y no era sencillo moverse en él.

La encontró en cuclillas junto a una caja abierta. Parecía haber descubierto algo en ella que la tenía como hipnotizada.

Aunque siempre se mostraba como una mujer fuerte, Gage había descubierto que también era vulnerable. Y era esa vulnerabilidad lo que le hacía querer protegerla.

Cualquier hombre con sangre en el cuerpo reaccionaría ante la presencia de una mujer como ella. Tenía unos expresivos ojos marrones, un cabello sedoso que despertaba el deseo de acariciarlo, y unas facciones bonitas y seductoras.

No era la primera mujer hermosa que conocía. Pero Jenna era más que eso. Por algún motivo que no llegaba a comprender, despertaba en él el deseo de abrazarla y decirle que todo iría bien. Quería protegerla de todo mal, hacerla sonreír.

Sin embargo, su instinto de supervivencia le decía que esos deseos podían ser peligrosos para su bienestar.

Al agacharse a su lado confirmó que Jenna estaba en otra parte. Por encima de su hombro vio las fotografías que había estado contemplando y que, confirmó, la habían trasportado a un mundo interior. Le tocó el brazo y ella se sobresaltó.

—Te he llamado —dijo él.

—Lo siento —Jenna se ruborizó y posó la mirada en la fotografías—. Estaba atrapada por el pasado.

Su fresco perfume flotaba en el aire denso y polvoriento del guardamuebles y Gage tuvo que reprimir el impulso de acercarse a ella y apretar su nariz contra su piel para llenarse los pulmones de su aroma.

Jenna alzó la barbilla.

—¿Podemos llevarnos esta caja? —preguntó.

Gage hubiera hecho lo que fuera por arrancar el dolor que se percibía en su voz.

—Por supuesto.

Y de pronto, algo cambió en Jenna, como si el dolor se transformara en otro sentimiento mucho más peligroso: un súbito deseo.

Gage lo percibió y tuvo la sensación de haber llegado a una encrucijada en su vida, un momento de inflexión que podía alterar para siempre su existencia. Sus pensamientos se arremolinaban en una espiral de confusión y no conseguía descubrir ni el qué ni el por qué ni el cómo de lo que estaba sucediendo. Sólo era consciente de una cosa: que estaba pasando algo de una importancia vital.

Jenna entrecerró sus labios, que brillaban sensualmente bajo la

desnuda bombilla del techo, como si le hiciera una muda petición para que actuara. Luego bajó los párpados y dejó los ojos cerrados. El corazón de Gage latió con violencia La sangre le corría por la venas a toda velocidad.

Las largas pestañas de Jenna proyectaban su sombra sobre su piel de terciopelo. Mecánicamente, Gage alargó la mano y con sus dedos dibujó el perfil de sus pómulos y la línea de su mandíbula. Al sentir su caricia, las aletas de la nariz de Jenna se dilataron, como si tomara aire con precaución, expectante.

Su respiración se aceleró, haciendo que su pecho subiera y bajara rítmicamente. Sus senos presionaban la camiseta y Gage ansió envolverlos con sus manos y sentir su peso. Pero en lugar de eso, deslizó los dedos por su garganta lentamente, hasta detenerse en su clavícula. Y a medida que avanzaba, pudo sentir cómo se aceleraba el pulso de Jenna bajo sus dedos.

La parte racional de su cerebro entró en colisión con su cuerpo. Paralizado, rezó para que el conflicto se resolviera por sí mismo. Creyó que había hecho una pausa momentánea, pero evidentemente debió ser bastante larga, pues Jenna abrió los ojos y le dirigió una mirada inquisitiva.

Gage se sintió aturdido. Quería disculparse. Aunque no sabía muy bien por qué. ¿Por no haberla besado? ¿Por no hacerle el amor allí mismo, sobre el suelo de cemento?

—No te preocupes.

La voz de Jenna resonó en sus oídos, ronca y sexy. Estaba seguro de haber fruncido el ceño en una mezcla de desconcierto y turbación.

Lentamente, Jenna se humedeció el labio inferior.

—Podría haber pasado cualquier cosa —dijo, con un hilo de voz —. Pero creo que ha sido un instante pasajero.

Gage sintió un cálido estremecimiento al oírla reír. El «instante pasajero», tal y como descubrió en aquel mismo momento, había servido para que ambos se dieran cuenta de la fuerte atracción sexual que sentían el uno por el otro.

—Jenna... —dijo, con voz ronca—, no pretendía buscar... este tipo de...

—No te preocupes, Gage —le tranquilizó ella—. De verdad que no tienes de qué preocuparte.

A Gage le dio rabia sentirse tan incómodo y que ella pareciera tan segura de sí misma.

Aquélla no era la primera vez que la deseaba. De hecho, ya en su primer encuentro la había encontrado atractiva. Admiraba su fortaleza y la manera en que se había enfrentado a los ancianos. También el que hubiera cambiado de vida para ocuparse de su sobrina. Y mentiría si dijera que no se había dado cuenta de lo preciosa que era. Pero hasta

aquel momento había sido capaz de controlar sus instintos sin dificultad.

Tomó aire tratando de concentrarse en otra cosa. Y de pronto recordó por qué la había llamado.

—He encontrado algo —dijo, poniéndose en pie y tendiéndole la mano para ayudarla a levantarse—. Creo que te gustará.

La precedió entre las cajas y adivinó el momento que veía los lienzos porque Jenna dejó escapar una exclamación ahogada.

—¡Dios mío! —dijo, con sorpresa—. Esperaba encontrar alguna de las obras de arte de Amy y David, pero no algo así. Debe haber más de doscientas.

Gage se apartó para que Jenna pudiera ver mejor. Al pasar a su lado, perfumó el aire con su aroma y Gage tuvo una visión de un campo de flores silvestres bajo un cálido sol de verano.

—No he revisada todo, pero creo que hay más contra la pared— dijo él.

Mientras Jenna revisaba la obra, Gage se dedicó a contemplarla.

—¡Son maravillosos!

Evidentemente, la sorpresa inicial estaba dando lugar al entusiasmo. A Gage le alegró ver que su hermoso rostro se iluminaba con una espléndida sonrisa.

—No puedo permitir que todo este material permanezca oculto —siguió ella—. A Amy y a David les hubiera gustado que se viera. Tengo que conseguir mostrarlo.

Siguió revisando los cuadros.

Gage sintió un gran alivio al ver que abandonaba definitivamente los tristes recuerdos del pasado para concentrarse con entusiasmo en el futuro.

—Seguro que se te ocurrirá algo—musitó él.

Cerró los labios con fuerza, molesto consigo mismo porque volvía a sentir un intenso deseo. Para justificarlo, se dijo que lo despertaba la vulnerabilidad de Jenna.

Se pasó la mano por la nuca. Sabía que en parte estaba engañándose, pero apartó cualquier otra posibilidad de su mente por considerarla demasiado perturbadora.

No acostumbraba a mentirse. Tenía la convicción de que un hombre que prefería ignorar la verdad acababa por perder su verdadero ser.

Pero en aquel momento no estaba preparado para afrontar la verdad de la situación. Cada vez que se imaginaba con una mujer, le invadía un espantoso sentimiento de culpa que lo anulaba todo. Además, había mucha verdad en que le atraía la vulnerabilidad de Jenna y que se identificaba con el tipo de dolor que estaba experimentando. Que quisiera consolarla no lo convertía en un mal

tipo.

Así que, aunque sólo se estuviera concentrando en una verdad a medias, por el momento era todo lo que podía hacer.

—En seguida se lo traigo —la joven sonrió y fue hacia la cocina.

Gage y Jenna estaban comiendo en el Hannah's Dinner después de haber recogido a Lily. La niña estaba sentada en una silla alta y sacudía alegre un elefante azul de grandes orejas.

—Gracias por haberme acompañado —dijo Jenna, poniéndose la servilleta en el regazo—. Emocionalmente, ha sido como estar en una montaña rusa. No sé que habría hecho de haber estado sola.

Pero el torbellino emocional que sentía no se debía exclusivamente a haber estado revisando las pertenencias de Amy y David. Gage había tenido mucho que ver en ello.

—Me alegro de haber servido de algo.

Jenna se fijó en sus grandes manos que jugueteaban con el salero y el azucarero, y recordó el áspero roce de sus dedos en su mejilla. El anhelo que había atisbado en sus penetrantes ojos negros le había llegado al fondo del alma. Sólo recordarlo hacía que se le contrajeran los músculos del estómago.

Sabía que debía olvidar las sensaciones que se habían despertado en ella. Su vida ya era bastante complicada como para acumular más incertidumbre. Además, hubiera puesto su mano sobre el fuego a que Gage jamás aceptaría la obvia atracción que había entre ellos. No era el tipo de hombre que se dejaba vencer por las tentaciones con facilidad. Por eso mismo su comportamiento había resultado tan desconcertante. Todavía no llegaba a creerse que la hubiera tocado.

En cambio, no le había sorprendido en absoluto que se detuviera y se quedara paralizado. Todo su cuerpo se había puesto en tensión y rápidamente le había dado a entender que sería un error dejarse llevar por la atracción que sentía por ella.

—Hola, Jenna. Gage —la mujer india que los saludó sonreía amigablemente. Hannah, la hija de Arlene y dueña del restaurante, se había convertido en amiga de Jenna durante las semanas de enfrentamiento al consejo de ancianos—. ¿Qué tal estáis?

—Muy bien, gracias —dijo Gage—. ¿Y tú?

—No me puedo quejar. ¿Vais a venir al baile?

Gage arqueó las cejas.

—No había oído nada.

El rostro de Hannah se iluminó.

—Tenéis que venir. Ahora que estáis casados tenéis que dejar de ocultaros —dulcificando el tono I de voz, añadió—: Y ya es hora de

que hagas las paces con tu abuelo. Es absurdo que no os habléis. Debes derribar ese muro de silencio, Gage.

Jenna disimuló su sorpresa. No sabía que Gage tuviera un abuelo, y mucho menos que no se hablara con él.

—Lo que es absurdo —dijo Gage, bromeando—, es que creas que voy a seguir tu consejo.

Hannah rió.

—¿No hay un refrán que dice que si le golpeas a alguien lo bastante en la cabeza, acabará por aceptar tu consejo? Vamos —dijo en tono suplicante—, al menos tenéis que ir al baile. Jenna tiene que asistir.

—Me encantaría —dijo la mencionada.

—Es el sábado —dijo Hannah—. Aunque la gente llegue antes, no se servirá la cena hasta las seis. Cuando se ponga el sol, encenderemos una hoguera. También habrá música y baile. Además de un cuenta-cuentos, claro. Será muy divertido.

Puso cara de preocupación antes de cambiar de tema y comentar:

—He oído que has ido al guardamuebles. ¿Estás bien?

Jenna le dedicó una sonrisa con la que quiso tranquilizarla.

—He dejado a Lily con tu madre. ¿Te lo ha dicho ella?

—No. Varios clientes me han comentado que el coche de Gage estaba fuera del almacén. Espero que no lo hayas pasado demasiado mal.

A Jenna le emocionó que hubiera alguien que se preocupara de ella.

—He pasado un par de malos momentos. Pero Gage ha sido una gran ayuda.

Jenna le dedicó una mirada de agradecimiento, pero se le congeló la sonrisa al tener la impresión de que Gage se sentía incómodo.

—Es maravilloso tener alguien con quien compartir momentos así —comentó Hannah. Dio una palmadita a Gage en el hombro—. Eres un buen chico.

Jenna se dio cuenta de que Hannah tenía razón. Gage no había tenido por qué acompañarla, pero lo había hecho.

—He encontrado muchos cuadros de Amy y David.

—¿Vas a venderlos? —preguntó Hannah.

—No he tenido tiempo de pensarlo —dijo Jenna—. Pero no quiero dejarlos en el guardamuebles.

—Sería una pena —comentó Gage—. Tú misma has dicho que a ninguno de los dos les gustaría que su obra quedara enterrada.

—¿Por qué no preguntas en el ayuntamiento si te dejan exhibirla en el centro social? Podrías incluso ponerles precio. También puede

que alguna galería esté interesada en venderlos.

—Pero cualquier galería pediría una parte de los ingresos —advirtió Gage.

La idea de vender los cuadros de su hermana dio que pensar a Jenna.

—Una página Web —musitó—. Podría crear una página con fotografías de la obra —a medida que se le ocurrían más posibilidades creció su entusiasmo—. De hecho, podría hacer una página en la que se incluyeran todos los artistas de Broken Bow. Seguro que hay más.

El rostro de Hannah se iluminó.

—Claro que sí. John Riddle hace unas piezas de cerámica maravillosas, y su mujer hace cestas al estilo *lenape*. También hay una mujer que hace ropa tradicional. Mi prima Lisa Jonson, pinta. Y Harold King.

Mientras Hannah hablaba, y sin que Jenna supiera exactamente cuándo lo había hecho, Gage había posado su mano sobre el brazo que ella apoyaba en la mesa. El calor de su palma se filtró por su interior. Le miró a los ojos.

Había algo en la forma de mirarla que hizo que se le secara la boca y se le agarrotara la garganta.

—Es una idea fantástica, Jenna —dijo él.

—Yo estoy de acuerdo —dijo Hannah. Y continuó hablando con entusiasmo de los beneficios que el proyecto podría representar para la comunidad, sin darse cuenta de que la temperatura había subido varios grados en cuestión de segundos.

Jenna, cuya mente había estado poblada de ideas en ebullición, se había quedado en blanco súbitamente. Los dedos de Gage sobre su brazo la consumían por dentro. Le sonrió al mismo tiempo que se le pasaba por la cabeza la posibilidad de que Gage hubiera cambiado de idea respecto a una posible relación entre ellos.

Precisamente en aquel momento, sonó la campanilla que indicaba que había entrado un nuevo cliente.

Jenna giró la cabeza y vio a Hoo'ma. La anciana inclinó la cabeza en señal de saludo y sus ojos brillaron con aprobación al ver a Jenna y a Gage.

—Hola, Hoo'ma —la saludó Hannah—. ¿Vienes a comer?

La anciana asintió con la cabeza.

Hannah se volvió hacia Jenna.

—¿Puedo contarle tu idea?

—Claro —dijo Jenna, que seguía dominada por las intensas emociones que latían con fuerza en su pecho y en su cabeza.

Hannah fue hacia el otro lado del comedor charlando animadamente.

—Lo siento —dijo Gage, mirando fijamente la mano que

apoyaba sobre el brazo de Jenna—. He visto venir a Hoo'ma y he pensado que sería una buena idea hacerte un gesto cariñoso.

—Claro —musitó Jenna. Tardó unos segundos, pero súbitamente lo comprendió todo. La mirada indescifrable que había visto en Gage no era más que la incomodidad que sentía por tener que tocarla. ¿Por qué no se habría dado cuenta antes?

—Espero que te parezca bien.

Tal y como Hannah había señalado, Gage era un buen hombre. Se había limitado a posar la mano sobre su brazo para fingir que eran una pareja como otra cualquiera ante Hoo'ma. Había sido una estúpida al pensar que podía haber algo más en aquel gesto. Gage había dejado claro que no quería ninguna relación íntima. Bueno, quizá no había llegado a expresarlo, pero eso era lo que había querido decir. ¿Cómo podía engañarse a sí misma tan estúpidamente? ¿Por qué sentía una desilusión tan espantosa?

Era un buen hombre y no debía olvidarlo. Ésa era la única fuerza que dictaba sus acciones y sus palabras.

—Claro que sí —musitó, aunque no sabía si para responder a Gage o confirmando sus propias reflexiones.

Capítulo 7

Varios días más tarde, Gage sugirió que prepararan un picnic e hicieran una excursión a caballo. En un principio a Jenna le dio miedo cabalgar con Lily.

—No te preocupes —la tranquilizó Gage—. Yo la llevaré en una especie de mochila que es muy segura —entornó los ojos—. ¿O es que tienes miedo de montar?

Jenna rió.

—Un poco.

Gage prometió ensillar para ella su caballo más dócil. Y lo cumplió. Finalmente, con Lily a la espalda de sus anchos hombros y la comida en las alforjas, partieron rumbo a la verde pradera.

Cabalgando unos pasos detrás de Gage, Jenna no pudo evitar fijarse en la forma en que sus caderas se movían sobre la silla con cada paso que daba el caballo, o cómo cargaba con Lily sobre su espalda como si no fuera más que una pluma.

Puesto que sabía que Gage no quería reconocer la atracción que había entre ellos, también ella había decidido ignorarla. A veces era sencillo evitar la tentación. Solía coincidir con los días en que Gage pasaba la mayoría del tiempo en los establos.

Pero otros días, la atracción era tan irresistible que actuar como si no existiera la dejaba extenuada. Era como resistirse a caer en el ojo de un huracán que trataba de atraerlos.

Desgraciadamente, aquél era uno de esos días.

Se preguntó qué sentiría si recorriera su ancha espalda con la mano abierta y luego la deslizara por su columna hacia... No pudo evitar que de su boca escapara una exclamación contenida.

—¿Va todo bien? —preguntó Gage, girando la cabeza por encima del hombro.

—Perfectamente. ¿Falta mucho?

—No —Gage retuvo a su caballo hasta que ambos quedaron a la misma altura—. ¿Seguro que estás bien?

—Sí. Sólo un poco cansada.

—¿Ves aquel árbol junto al riachuelo? —señaló con la barbilla hacia delante—. Allí vamos.

Tras veinte minutos, llegaron. Jenna tenía los muslos y los glúteos destrozados. Desmontó con torpeza y sin poder contener una exclamación de alivio.

Gage no pudo reprimir una risita. Desmontó con ligereza y sin ni siquiera perturbar a Lily, que se había quedado dormida, acunada por el rítmico movimiento del caballo.

—Necesito que me ayudes con la mochila —dijo a Jenna, girándose para que pudiera quitársela—. Puedes echarla en la sombra —sugirió.

Mientras Jenna aflojaba las correas de la mochila, Gage se dedicó, a sacar la comida de las alforjas y preparar el picnic.

Jenna echó a Lily en la manta que Gage extendió sobre la hierba.

—Esta mochila —la apoyó contra un árbol—, es muy práctica.

—Las mujeres indias las usaban para trasportar a sus hijos mientras hacían las tareas del campo. Así podían tener las manos libres —Gage abrió la segunda alforja y siguió poniendo comida sobre la manta—. Ésa la hizo mi padre para mí. También la usé con Skye. Sin embargo, poca gente sigue usándolas. Prefieren los carritos de plástico. Son más ligeros y más baratos.

—Y se consiguen con más facilidad —dijo Jenna, al tiempo que le pasaba una toallita húmeda. Después de limpiarse ella con una, abrió un paquete con sándwiches y se lo pasó a Gage, junto con una servilleta—. ¿Cuánto se tarda en hacer una de estas mochilas?

—Supongo que semanas. Pero yo no he hecho nunca una. Mi padre es muy habilidoso.

Jenna sonrió. Era evidente que a Gage le gustaba su padre.

Los rayos del sol se filtraban entre las hojas del árbol que les daba sombra. Llegaba hasta ellos el borboteo del agua como una música apaciguadora. Gage había elegido un lugar maravilloso para el picnic.

Jenna sirvió dos vasos de limonada.

—Hablando de familia, ¿te molesta que te pregunte por tu relación con tu abuelo? Hannah comentó que no os hablabais —arrancó una esquina del sándwich y se la llevó a la boca.

Gage dio un bocado al suyo.

—No me molesta en absoluto. Estoy enfadado con él porque hizo que mis padres se sintieran culpables por mudarse a Arizona. Él quería que se quedaran en la reserva. Pero mi madre tiene artritis y se encuentra mucho mejor en un clima seco —comió algo más antes de continuar—. Sé que el abuelo es nuestro chamán, y que su deber.

—¿Chee'pai? —Jenna lo miró atónita— ¿Chee'pai es tu abuelo?

—Sí.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes?

Gage se limitó a encogerse de hombre.

—No hubiera servido de nada. Era de esperar que fuera el miembro del consejo más en contra de darte la custodia de Lily. Está muy preocupado con la tribu. Quiere que todo siga igual. Y por más que sea una causa noble, me temo que está abocada al fracaso. Tiene buenas intenciones, pero a menudo hace comentarios hirientes.

Jenna recordó sus discusiones con el consejo. Aunque Chee'pai no la había ofendido, sí había conseguido sacarla de sus casillas.

—¿Acudirá al baile del sábado?

Gage asintió.

—Será uno de los contadores de cuentos. Puede que no sea especialmente simpático, pero es un gran orador.

—Si prefieres que no vayamos...

—No, no —dijo Gage, limpiándose con la servilleta—. Como dice Hannah, es hora de que normalicemos la situación. Además, el abuelo no consiguió que mis padres cambiaran de idea. Están felices en su nueva casa. Ha llegado el momento de que el abuelo y yo nos reconciliemos.

Lily tuvo el detalle de dormir hasta el preciso momento en que Jenna acababa una deliciosa manzana. Pero en cuanto abrió los ojos, quiso que todo el mundo supiera que tenía hambre y que quería acción.

Jenna la sentó en su regazo y empezó a darle un puré de fruta.

—Necesita mucha atención —dijo, al tiempo que estiraba las piernas para librarse de un calambre que amenazaba con atenazarle la pantorrilla.

—¿Qué te pasa?

—Creo que me está dando un calambre —dejó la cucharilla en el tarro de fruta y se masajeó la pierna. Lily protestó de inmediato.

Gage acudió a rescatar a Jenna.

—Tú da de comer a Lily mientras yo te doy un masaje.

Las manos de Gage sobre su pierna le produjeron una mezcla de placer y de dolor. Sintió la calidez de sus dedos incluso a través de la ropa, pero también la fuerza con la que masajeaba sus músculos para soltar el calambre.

—Se pasará en seguida, te lo prometo —aseguró.

Jenna forzó una sonrisa que se convirtió en una mueca de dolor. Luego, siguió dando de comer a Lily hasta que acabó la papilla. Dejó el tarro a un lado y suspiró cuando Gage, tal y como había prometido, consiguió que se le pasara el calambre.

—Ya me siento mucho mejor —dijo, aliviada.

Se echó hacia atrás hasta apoyarse en los codos. Cuando su mirada se encontró con la de Gage, el deseo volvió a prender entre ellos. Gage contrajo cada músculo del cuerpo y se quedó con las manos quietas sobre la pierna de Jenna. A ella se le entrecortó la respiración. El corazón de Gage empezó a latir a toda velocidad.

No había que ser adivino para saber que deseaba a Jenna.

—Lo siento —musitó—. No sé qué me pasa.

Jenna no pudo evitar preguntar:

—¿Por qué lo ves como algo negativo? Lo que sentimos es perfectamente natural. Puede que no queramos sentirlo, pero parece inevitable.

Las facciones de Gage se crisparon.

—Debería ser capaz de controlarme.

Se puso en pie y se alejó hasta llegar al riachuelo. De espaldas a Jenna, se frotó la nuca con aire pensativo.

Jenna se quedó asombrada de que un día perfecto pudiera estropearse tan súbitamente. Era evidente que Gage no quería desearla y que ni siquiera estaba dispuesto a hablar de ello. Y ella no podía hacer nada al respecto.

—Gage —lo llamó—. Vuelve. No pasa nada —añadió, aun sabiendo que mentía. Pero si él no quería hacer caso a lo que sentía, ella seguiría su ejemplo—. Tenemos que recoger antes de volver a casa.

La tarde del baile, Gage hizo una rápida parada en su taller antes de volver a casa para ducharse y cambiarse. Llevaba dos regalos, uno para Jenna y otro para Lily. Le daba un poco de vergüenza dárselos, pero estaba decidido a superarla.

Tener a Jenna y a Lily en su casa durante tres semanas le había cambiado la vida.

Se levantaba cada mañana con ganas de vivir y lleno de esperanza.

En un principio le había preocupado la idea de que Lily removiera el dolor que le había causado la muerte de su hijita. Pero en lugar de eso, sólo le recordaba los maravillosos momentos que había pasado con Skye: su risa, los primeros intentos de gatear, el olor a polvos de talco, sus dedos regordetes agarrándose a los suyos.

En unos días, Lily había desenterrado los momentos más valiosos que había pasado con Skye y que hasta entonces habían quedado sepultados bajo el peso del dolor. Así que Gage quería darle un regalo de agradecimiento.

También Jenna se merecía algo. También ella había desenterrado algo que encerraba en su interior y que no creía que fuera a volver a sentir nunca más: el deseo primario de sobrevivir. No dejarse llevar por la atracción que sentía por ella se estaba convirtiendo en una prueba muy difícil, pero tendría que superarla. Todavía no estaba preparado para estar con una mujer.

El día que perdió a su familia, su alma se hizo añicos. Durante un año, había vivido sumido en la rabia y en un montón de sentimientos negativos. Pero Jenna le había sacado de la oscuridad. Y tenía que darle las gracias.

Cuando se aproximaba, oyó música procedente de la casa y sonrió al imaginar a Jenna expectante ante el inminente baile. Estaba deseando acudir a una reunión de la tribu y poder demostrar al consejo cuánto le interesaba su cultura.Gage se limpió las botas en la alfombrilla y, al abrir la puerta, vio a Jenna bailando en medio de la cocina con una sonriente Lily sobre la cadera. Estaba tan concentrada

en la música que ni siquiera le oyó entrar.

Su cabello castaño caía sobre sus hombros y toda ella irradiaba felicidad. Lily no paraba de reír. Gage se quedó de pie, contemplándolas, y saludó a Lily con la mano.

Mary Lynn solía bailar con Skye. Sonrió. Aunque lo invadió cierta melancolía, también sintió un intenso placer. Era maravilloso poder recordar el pasado sin quedar sumido en la desesperación.

Estaba seguro de que Jenna y su sobrina eran la causa de aquella transformación.

—¡Hola! —saludó.

Jenna se sobresaltó y paró en seco.

—No te había oído entrar.

—Ya me he dado cuenta —comentó él con una carcajada. Bajó la vista hacia las dos cajas que llevaba en la mano y dio un paso adelante. Tenía que dárselas antes de que la vergüenza le hiciera cambiar de opinión—. Tengo una cosa para ti y otra para Lily.

El rostro de Jenna se iluminó de alegría. Gage sintió que todo su cuerpo reaccionaba ante su belleza. Se le tensaron los músculos y una opresión se instaló en su pecho, al tiempo que lo inundaba una oleada de calor.

Apartó la mirada y respiró hondo para mantener el control. Sólo cuando creyó haber recuperado la calma, le tendió las cajas.

Jenna no pudo sujetarlas con una sola mano. Inclinó la cadera hacia Gage, y Lily automáticamente alargó los brazos hacia él.

Gage la tomó y Jenna se sentó con las dos cajas sobre el regazo mientras Lily asía un mechón de cabello de Gage, lo que parecía ser uno de sus juegos favoritos.

Jenna abrió la caja más pequeña y dejó escapar una exclamación:

—¡Qué monada! —sacó los pequeños mocasines—. ¡Mira, Lily! —los levantó para que la niña los viera. Lily aplaudió y alargó las manos hacia lo que, sin duda, representaba para ella un nuevo juguete.

—Son para tus pies, pequeñina —dijo Jenna, dejando a un lado la caja mayor y quitándole las zapatillas para ponerle los mocasines.

—Espero que le queden bien—dijo Gage.

Lily se puso a dar pataditas inmediatamente y a mirar sus nuevos zapatos con cara de alegría.

—Le quedan perfectamente —dijo Jenna—. Y le encantan. ¿Vas a darle un beso a Gage?

Más que un beso, Lily le dio una especie de empujón en la mandíbula con la barbilla, pero Gage se emocionó.

—Me alegro de que te gusten —susurró.

Jenna tomó la otra caja.

—Ahora me toca a mí.

En aquella ocasión su reacción fue menos animada pero sincera.

—Son preciosos, Gage —dijo, acariciando los bordados y las cuentas de la parte superior de sus mocasines—. Es un trabajo muy delicado. Han debido costarte una fortuna. ¿Dónde los has comprado?

—Los he hecho yo.

La admiración que se reflejo en los ojos de Jenna lo llenó de orgullo.

—Mi abuelo me enseñó a hacer mocasines cuando era niño —explicó—. De pequeños nos animaban a tener aficiones y a no perder el tiempo—se encogió de hombros—. Estuve años sin hacerlos, pero tras el accidente necesité buscar distracciones —suspiró hondo—. Tengo hechos unos cuantos.

—¿Qué vas a hacer con ellos?

—No lo sé.

Por cómo lo miró, Gage supo que Jenna había tenido una idea.

—¿Puedo ponerlos a la venta en la página Web?

—A la gente no le interesan unos...

—Te equivocas. Mientras preparaba la página me he estado documentando —sujetó los mocasines en el aire como si fueran una valiosa joya—. Los objetos indio-americanos tienen muchísimo éxito. Unos zapatos como éstos se venderían por mucho dinero.

—Pero yo no lo necesito. Sólo es un entretenimiento.

Jenna se encogió de hombros.

—Puedes donarlo al centro social.

Gage la miró con sorpresa y luego asintió.

—De acuerdo. Si de verdad crees que pueden interesarle a alguien...

Jenna sonrió entusiasmada.

—Te aseguro que sí —luego miró a Lily con sus ojos avellana llenos de vida—. Vamos a encajar perfectamente en el baile, ¿verdad cariño?

En el aire flotaba un delicioso olor a comida y se oía una animada música. Gage explicó a Jenna que una vez se acabara la cena y se pusiera el sol, los instrumentos más modernos, las guitarras y los teclados, serían sustituidos por los tambores y las flautas tradicionales.

Había varias mesas en fila llenas de comida: pollo frito, costillas de cerdo, jamón ahumado, espárragos... Jenna dejó una fuente con las galletas que había preparado. Luego, ella, Gage y Lily se sentaron en la hierba y comieron. Más tarde pasearon entre la gente y Gage le presentó a algunos de sus amigos. Charlaron un rato con Hannah y Arlene que, por casualidad, estaban comiendo una de sus galletas.

Llegó el atardecer y con la penumbra asomaron las primeras estrellas. Un grupo de hombres y de jóvenes reunió madera para la

hoguera. Y cuando ésta prendió, Jenna sintió que su expectación crecía como las crepitantes llamas.

El cielo adquirió un tono malva intenso y fue surcado por unas nubes algodonosas de color morado. La quietud y el silencio crearon una atmósfera mágica y todo el mundo parecía esperar que en cualquier momento sucediera algo importante.

Los tambores empezaron a sonar y una figura comenzó a danzar entre la gente y alrededor de la hoguera. Llevaba una máscara y un traje muy elaborado, con un tocado de plumas blancas.

Gage se inclinó hacia Jenna y susurró:

—Es el abuelo.

Su aliento le acarició la mejilla como si fuera terciopelo.

—Como chamán —añadió Gage—, le corresponde inaugurar las celebraciones.

El anciano dibujó un círculo en el aire con un brazo, luego con el otro. A continuación, alzó los dos brazos al cielo, sin dejar de moverse al ritmo de la música siguiendo unos complicados pasos. Por unos instantes Jenna dejó de verlo, pero en seguida volvió a tenerlo en su campo de visión.

—Está honrando a nuestros antepasados, para que sepan que los recordamos —explicó Gage.

Jenna observó a Chee'pai y luego miró las caras de los hombres, mujeres y niños que, con expresión respetuosa, parecían haber viajado a un lejano tiempo.

Un escalofrío le recorrió la espalda al darse cuenta de que el chamán dedicaba cada minuto de su vida a preservar el tesoro que le había sido consignado. El tesoro que representaba el legado de los *lenape*.

Recordó lo que Gage le había contado sobre los territorios de los que habían sido desposeídos y cómo su sentido del honor había sido utilizado en su contra para robarles sus tierras y obligarlos a desplazarse hacia el oeste.

Aun así, habían sobrevivido.

Y aunque el chamán no dijo ni una palabra, Jenna comprendió que Chee'pai y cada uno de los asistentes a aquella fiesta se sintieran orgullosos de pertenecer a la tribu *lenape.*

No era de extrañar que el chamán hubiera mostrado su preocupación porque los jóvenes abandonaran la reserva. O que se resistiera a dejar que Lily dejara Broken Bow. Por eso se había molestado en enseñar a su nieto a hacer mocasines.

Ésa era su misión. Trataba de proteger aquello que consideraba sagrado. La tribu.

Gage había intentado explicárselo semanas atrás, pero había tenido que descubrirlo por ella misma para llegar a entenderlo

plenamente.

Para cuando acabó el primer baile, Jenna tenía los ojos llenos de lágrimas. Su respeto por Chee'pai había aumentado exponencialmente.

—Pareces abstraída —dijo Gage, mirándola con preocupación.

Ella sonrió.

—Todo esto es muy emocionante.

Su comentario pareció desconcertar a Gage. Jenna creyó que le pediría que se explicara mejor, pero en aquel momento volvieron a sonar los tambores y la gente se puso en movimiento.

Arlene se acercó a ellos.

—Es la danza de las mujeres —dijo, tocando a Jenna en el brazo —. ¿Quieres venir?

—No. Hoy sólo estoy aquí para mirar —dijo Jenna, azorada.

Hannah se unió a ellos.

—¿Vienes?

—Dice que no —Arlene respondió por Jenna—. ¿Podemos llevarnos a la pequeña?

—Por supuesto —dijo Jenna. Y le pasó a Lily.

Las mujeres se reunieron en el claro y comenzaron a bailar al son de los tambores. Incluso Hoo'ma se unió al grupo.

Jenna sintió un nudo en la garganta.

—Todas conocen los pasos. Parecen unidas por un hilo invisible... Quiero que Lily forme parte de esta comunidad. Es maravilloso —balbuceó, sin saber cómo expresar la emoción que el espectáculo le estaba causando.

—Somos una gran familia —resumió Gage.

Jenna se limitó a asentir con la cabeza por temor a que le temblara la voz. Gage le tomó la mano.

—Vamos a por un refresco. Necesitas descansar.

Se alejaron en silencio del grupo. Jenna tomó aire para recobrar el control de sus emociones y Gage le presionó la mano.

—¿Estás mejor?

Jenna volvió a asentir. Sabía que no necesitaba hablar para que Gage la comprendiera.

Al recordar lo incómodo que había sido su primer encuentro, le maravilló haber llegado a sentirse tan cómoda con él en tan poco tiempo. Gage le gustaba, y quizá sus sentimientos eran más profundos que los de una simple amistad. Y no sólo porque tenía el físico más espectacular que había visto en su vida. No. Gage era además un hombre interesante, amable, cariñoso e inteligente.

«¡Cuidado, Jenna!» —le advirtió una voz interior—. «Si sigues pensando así vas a acabar enamorándote».

Eso era impensable. Gage no tenía el menor interés en que eso

sucediera. Lo demostraba cada día reprimiendo el obvio deseo que sentía por ella. Ni siquiera parecía interesarle una relación sin ataduras.

Gage se detuvo bruscamente y se giró de frente a Jenna.

—Eres una mujer muy especial, Jenna Butler —musitó.

Ella lo miró desconcertada.

Gage le soltó la mano y le acarició los brazos en un movimiento ascendente, hasta llegar a sus hombros y a su cuello. La miraba fijamente, con una intensidad que dejó a Jenna paralizada.

Pestañeó varias veces para salir de su estupor y de pronto tuvo claro que Gage deseaba besarla.

Y que en aquella ocasión, no pensaba reprimirse.

Capítulo 8

Su boca se posó sobre la de ella ardiente y codiciosa. Luego la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia sí. Jenna se relajó contra su pecho y entreabrió los labios, invitándolo.

Gage exploró con su lengua, le mordisqueó los labios, se los succionó. Jenna se sintió consumida por la pasión. La sangre fluía acelerada por su cuerpo, el pulso le golpeaba las sienes, su corazón amenazaba con estallarle dentro del pecho. Todo su cuerpo latía al ritmo de los tambores que llegaban desde la distancia.

La anhelante crudeza de aquel beso era lo que necesitaba para poder liberar la energía que llevaba acumulando desde hacía demasiado tiempo. Una energía y un deseo que obviamente también Gage había estado reprimiendo. De hecho, más allá de lo humanamente posible.

Gage le besó el cuello y Jenna se oyó gemir con la respiración entrecortada.

Un destello de luz le atravesó el cerebro. ¿Y si estaban actuando de aquella manera ante la vista de todos?

El terror le obligó a abrir los ojos. Lo primero que vio fue que estaban junto a un gran árbol.

Luego, aliviada, se dio cuenta de que la gente estaba contemplando la danza de las mujeres, de espalda a ellos.

Cerró de nuevo los ojos y se concentró en el placer que le proporcionaban los labios de Gage sobre la piel. Su lengua trazó un surco hasta el lóbulo de su oreja. Se lo besó y mordisqueó. Luego le besó la sien antes de volver a sus labios con un ansia voraz. Y Jenna perdió la cabeza. Quería desabrocharse la camisa, quitarle a él la suya. Quería sentir cada milímetro de su piel desnuda pegada a la de Gage.

Susurró su nombre contra sus labios porque sabía que su voz anhelante expresaba el torbellino de sensaciones que experimentaba en aquel instante.

Gage se separó lo bastante como para poder mirarla a los ojos. Jenna reprimió el deseo de acariciarle con los dedos sus labios hinchados y húmedos. Sus ojos negros la contemplaban llenos de deseo. El ansia que lo poseía se reflejaba en cada línea de su rostro.

Quería poseerla. Jenna lo percibió porque el deseo emanaba de él como un campo magnético, porque lo decía su respiración entrecortada, porque con cada inspiración su pecho presionaba con fuerza sus senos.

—¡Dios mío, Jenna!

Jenna percibió un cambio en su actitud.

—No sé que me ha pasado —continuó él, humedeciéndose los ya húmedos labios—. Lo siento.

Jenna se sintió como si acabara de recibir un mazazo. Respiró

profundamente. Aunque Gage seguía sujetándola en sus brazos, supo de inmediato que el instante de pasión había acabado.

—Yo sé perfectamente qué te ha pasado —dijo con voz temblorosa—. Lo mismo que a mí —su pecho se alzó con una profunda respiración con la que intentó adormecedor las intensas emociones que la dominaban. Las mismas que a él. Alzó la barbilla con aire retador—. Lo único que siento es que lo lamentes.

Como si el cosmos se conjurara para añadir dramatismo a aquel instante, los tambores cesaron en aquel preciso momento y durante unos segundos Gage y ella se miraron en silencio. Luego, Jenna se alejó de él en un estado de total confusión.

—No quiero tomar nada. Creo que los dos necesitamos un poco de espacio —dijo.

Y fue en busca de Arlene, Hannah y Lily.

Gage bebió un vaso de agua de un trago. El frío líquido le refrescó la garganta, pero no consiguió apagar las brasas de la lascivia que seguía ardiendo en su vientre. Lo que sentía por Jenna no era más que eso. No podía ser otra cosa. Pura lascivia. Cerró los ojos y se refrescó la frente con el vaso.

La irritación que sentía consigo mismo hizo que apretara los dientes hasta que le dolieron. No era un adolescente imberbe incapaz de dominar sus instintos y, sin embargo, cada vez le costaba más reprimirlos.

Y Jenna estaba preciosa mientras observaba a su sobrina bailar en brazos de las demás mujeres.

Había alcanzado a comprender lo que significaba la pertenencia a la tribu y se había emocionado. Él no había pretendido aprovecharse de su estado anímico. Pero no había podido controlarse. Tendría que evitar que volviera a suceder.

—Nieto.

Gage alzó la cabeza bruscamente y vio a su abuelo frente a sí. El anciano tomó una botella de agua y la abrió.

—Me alegro de verte —añadió—. Hacía mucho que no acudías a una celebración.

Al recordar lo mal que sus padres lo habían pasado por culpa de Chee'pai, Gage guardó un hosco silencio. Pero de pronto recordó lo que Jenna había dicho sobre la familia y cómo las circunstancias podían cambiar de forma súbita y decidió que había llegado la hora de dejar el resentimiento a un lado y tratar de sanar las viejas heridas.

—Lo estoy pasando muy bien. Había olvidado lo divertido... —se interrumpió al darse cuenta de que aquella no era la palabra adecuada —, lo importante que es reunirse con los viejos amigos —en tono enfático, añadió—: Y con la familia.

—Me alegro —su abuelo cabeceó—. Te he echado de menos.

—Y yo a ti.

Los dos hombres se fundieron en un estrecho abrazo.

—¿Has visto que Jenna ha venido con su sobrina? —preguntó Gage.

Los labios de su abuelo se tensaron en un gesto de desaprobación.

—Ya la he visto, pero no engaña a nadie. Lo mismo que una capa de plumas no convierte a un zorro en águila, llevar mocasines no la convierte en *lenape*.

Gage se cuadró de hombros.

—No pretende hacerse pasar por *lenape.* Ni siquiera se ha comprado los zapatos. Se los he regalado yo.

Chee'pai lo miró con escepticismo.

—No miente cuando dice que quiere conocer nuestra cultura para enseñársela a Lily —continuó Gage.

—Esa niña debería ser educada por sus abuelos paternos. Son indios y le darían...

—Los padres de David Collins son mayores —señaló Gage, sabiendo que su abuelo consideraría un insulto ser interrumpido—. Y están enfermos. No están en condiciones de cuidar de Lily. Además, Jenna adora a la niña. ¿Qué tienes contra ella?

Sabía perfectamente la respuesta. Incluso comprendía la forma de pensar de su abuelo. Pero él no estaba de acuerdo con que los *lenape* tuvieran que permanecer juntos como si fueran una manada de lobos. Si Jenna se llevaba a Lily de Broken Bow, la niña seguiría siendo *lenape*.

¿Si...?

Gage miró hacia la oscuridad súbitamente desconcertado. El que hubiera pensado en la marcha de Jenna como una posibilidad en lugar de una certeza lo tomó por sorpresa. ¿Cuándo habría llegado a esa conclusión?

—Querido nieto —dijo Chee'pai—. Llega un momento en la vida en el que uno aprende que el amor no lo es todo. Esa niña necesita algo más que el amor de Jenna Butler. Y te aseguro que voy hacer lo que sea para que Lily Collins se convierta en una verdadera *lenape.*

Para Gage ya lo era, pero expresando esa idea sólo conseguiría irritar a su abuelo cuando lo que pretendía era mejorar su relación con él.

Aun así, no pudo evitar introducir una pequeña corrección.

—No se llama Jenna Butler, sino Jenna Dalton.

Su abuelo se pasó el dorso de la mano por la boca.

—Ése es un asunto que me inquieta. ¿Por qué te has casado con ella? Si decidiste que necesitabas una esposa, podías haber elegido entre las solteras de la reserva. Por ejemplo, Hannah Jonson.

Gage alzó la mano.

—Abuelo, la decisión de con quién quiero casarme es sólo mía. Y tienes que respetarla.

—Y lo haría si creyera que la razón por la que te has casado con esa mujer es honorable.

—¡Lo es! —exclamó Gage, iracundo.

El anciano frunció el ceño con escepticismo.

—Has estado encerrado en tu rancho desde el accidente. No has tenido ocasión de conocerla. Y sé que todavía sufres demasiado como para mantener una relación amorosa. Recuerda que te conozco bien. Nadie hubiera podido atravesar la muralla de dolor de la que te rodeaste. Puede que sea viejo, pero no soy estúpido.

Gage apretó los labios. Su abuelo podía ser cabezota y rígido, pero también era astuto, así que se encontraba en un callejón sin salida. Decirle que él, y Jenna estaban enamorados hubiera sido una vergonzosa mentira. Pero si le contaba la verdad, que se había casado con ella para saldar una Ofrenda de Vida y con ello ganaba su aprobación al haber cumplido con el honor *lenape*, el resentimiento de su abuelo hacia Jenna aumentaría.

Se inclinó para tomar otra botella de agua. Al incorporarse miró a su abuelo a los ojos.

—No he hecho nada de lo que tenga que avergonzarme. El acuerdo que hay entre Jenna y yo es asunto nuestro. Ahora, si me disculpas, quiero volver junto a mi esposa.

—¿No puedes dormir?

La pregunta de Gage sobresaltó a Jenna, que miraba por la ventana de la cocina el paisaje iluminado por la luna.

Se encogió de hombros.

—No. Por eso he decidido levantarme. ¿Estás bien?

Gage abrió el frigorífico y sacó un cartón de zumo de manzana.

—Sí, sólo un poco sediento.

Aquel educado y supuestamente animado intercambio hizo que Jenna se crispara. Era el estilo de comunicación que habían adoptado desde la noche del baile, hacía más de una semana.

Aquel beso lo había cambiado todo. Hasta entonces, habían ido alcanzando una relación de amistad. Gage había dejado de esconderse en el establo y había empezado a pasar más tiempo con ella y Lily.

Pero desde su apasionado encuentro, Gage había vuelto a desaparecer.

También ella lo había evitado. Y había estado muy ocupada dedicándose a Lily, manteniendo al día a sus clientes y creando la nueva página Web de artistas *lenape*.

Tener mucho trabajo se había convertido en una bendición para no dormir, o mejor, para no soñar. En sueños, los brazos de bronce de

Gage recorrían su pálido cuerpo, su boca besaba cada poro de su piel. Cada mañana despertaba con una espantosa sensación de vacío que se resistía a abandonarla.

Una de aquellas fantasías la había obligado a levantarse hacía más de una hora.

Observó a Gage mientras se lleva el zumo a los labios. Los mismos labios que la besaban en sueños. La luna iluminaba su camiseta de algodón blanco. Cuando se inclinó para dejar el vaso en el fregadero, un mechón de su largo cabello negro cayó sobre su torneado bíceps.

Jenna casi podía oír la corriente magnética que se creaba entre ellos cada vez que estaban juntos. Era como el zumbido de una abeja. Pero al contrario que con un insecto, no podía ahuyentarla de un manotazo.

—¿Qué tal ha ido tu reunión? —preguntó Gage.

Jenna se había reunido con el consejo y con un grupo de artistas de la reserva. Les había explicado la idea de la página y les había pedido que le entregaran imágenes de su obra. Entre todos habían decidido qué harían con los beneficios. Jenna se enteró de que una proporción de cualquier actividad iba destinada al fondo común de la tribu y dijo que contribuiría con lo que ganara de la obra de su hermana y su cuñado.

—Les ha gustado el nombre de Foxfire, en honor a David —dijo —. Todo el mundo estaba encantado menos tu abuelo —suspiró—. He llegado a la conclusión de que haga lo que haga, nunca le parecerá bien.

Gage se llevó la mano detrás de la nuca y los músculos de su antebrazo se tensaron. Jenna tuvo que hacer un esfuerzo para mantener la mirada fija en sus ojos. La corriente eléctrica que había entre ellos le ponía la carne de gallina.

—Es un hombre muy severo.

Gage apoyó la cadera en la encimera y se cruzó de hombros. Una vez más, Jenna se obligó a mirarlo sólo a la cara y a resistir la tentación de deslizar la mirada por su cuerpo.

—Has trabajado hasta muy tarde toda la semana —comentó él.

Su tono de preocupación tomó a Jenna de sorpresa.

—Te he oído teclear hasta la madrugada —explicó Gage.

Jenna se limitó a asentir aunque le hubiera gustado preguntarle qué hacía él despierto a esas horas.

La tensión aumentó y la mirada de Gage le indicó que él también la percibía.

—Jenna, tenemos que hablar.

No hacía falta que dijera de qué. Jenna no tenía ninguna duda del tema que quería tratar.

—Estoy de acuerdo —dijo.

Gage apretó los labios y los relajó, se descruzó y cruzó de brazos, se humedeció los labios.

—Esto que pasa entre nosotros —dijo, acompañando sus palabras con un movimiento circular de las manos—, es muy poderoso.

Jenna sintió una opresión en el pecho que no supo si se debía a los nervios, a la curiosidad o a la expectación.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo con un hilo de voz.

Gage tragó saliva y guardó silencio durante unos segundos. Jenna tenía la sensación de que quería medir cada una de sus palabras.

—Yo sentí esta atracción desde el primer momento —continuó él. Pero hizo una nueva pausa—. De hecho, la temí desde el primer momento. Pero luego decidí que podía y debía dominarla, comportándome como si no existiera, —se frotó la barbilla—. Sin embargo, tira de mí con una fuerza a la que no siempre soy capaz de resistirme —sus ojos negros se posaron sobre los de ella con expresión sincera—. Como ahora mismo.

A Jenna le temblaron las piernas.

—Sé perfectamente a lo que te refieres —las palabras le rascaron la garganta—. Yo también he luchado contra ello porque no quería más complicaciones de las que ya tengo. Y sabía que a ti no te interesaba, que no querías… —no supo cómo concluir. Bajó la mirada —. Pero a veces me siento desbordada por mis sentimientos.

Hubo un denso silencio que finalmente rompió Gage:

—Comprendo muy bien que no quieras complicarte más la vida.

Jenna alzó la mirada y descubrió en la de Gage una emoción que no supo interpretar.

—Amaba a mi mujer —añadió él en tono crispado.

Jenna sintió que se le rompía el corazón por él. Aquellas palabras bastaron para darle a entender que se sentía culpable por desearla. Gage pensaba que la atracción que sentía por ella desvirtuaba el amor que había sentido por su mujer.

Jenna se aproximó a él y posó su mano afectuosamente sobre su mejilla.

—No debes pensar eso Gage. Lo que hubo entre tú y Mary Lynn es único y siempre lo será. Nada de lo que hagas, sientas o digas puede cambiarlo. Nada —Jenna calló. Deseaba con toda su alma que Gage supiera que estaba siendo absolutamente sincera—. Pero por otro lado… —tuvo que hacer una pausa para dominar la emoción que la embargaba—. Por otro lado debes recordar que eres un ser humano. Es completamente natural que tengas necesidades y deseo físicos.

La corriente entre ellos se intensificó, convirtiéndose en un

envolvente manto líquido.

—Igual que yo —concluyó Jenna en un susurró. Y, sosteniéndole la mirada, deslizó su mano por el cuello de Gage hasta posar su palma sobre su pecho. Desde el principio había sabido que Gage guardaba un corazón herido. Había llegado el momento de que ella hiciera lo que estuviera en sus manos para curarlo.

En la mirada que le dirigió no había ningún tipo de ambigüedad. Era a un tiempo una llamada y un permiso. Cuando se puso de puntillas no estaba segura de cómo iba a reaccionar Gage o de lo que pensaría de ella, pero en aquel momento le daba lo mismo. Necesitaba actuar según los dictados de su corazón.

Gage alzó la mano y le recorrió el brazo apenas rozándola, como si estuviera debatiéndose entre sucumbir a la tentación o resistirse.

—Déjate llevar —dijo Jenna—. Esta noche quiero ser un cálido refugio para ti.

Metió la mano por debajo de su camiseta para acariciarle la piel.

Gage era un buen hombre. Un hombre honesto que cumplía su palabra. Había jurado pagar su deuda con ella y lo había hecho. Y aunque sólo fuera por eso, Jenna quería mostrarle su agradecimiento.

Bajo la palma de la mano sintió el calor de su piel y la firmeza de sus músculos. Gage contuvo la respiración y Jenna temió haber sobrepasado el límite. Pero cuando lo miró a los ojos, vio en ellos una pasión que le hizo sonreír. Saber que su comportamiento lo desconcertaba le resultaba excitante.

Lentamente, fue levantando la camiseta de Gage hasta quitársela y dejarla caer al suelo.

Luego deslizó la mirada por su torso, por sus pezones oscuros que, como dos monedas, contrastaban con su piel de bronce, por sus marcados pectorales... Y cuando llegó a su ombligo pensó que nunca había visto un pliegue de piel tan erótico como aquél.

El corazón le latió con fuerza contra el pecho y tuvo dificultad para respirar. Sentía que se ahogaba. Y con la necesidad de respirar, sintió la de saborear.

Se inclinó y besó el ombligo de Gage. Entreabrió los labios y se lo lamió. La piel de Gage era suave y cálida como el terciopelo. Él volvió a contener el aire con una exclamación sofocada y Jenna sintió la adrenalina correrle por las venas. Gage la tomó por la nuca y se la acarició.

Llevaba los pantalones del pijama sujetos en las caderas. Jenna sintió el impulso de deslizar la mano por debajo del elástico de la cintura para bajárselos y verlo completamente desnudo. Pero no hacía falta darse prisa. Quedaba mucho tiempo. Quería saborear cada caricia, cada beso.

Quería que su primera vez fuera especial.

Gage la tomó por la barbilla y, suavemente, la hizo incorporarse hasta que estuvieron frente a frente.

—¿Estás segura de que quieres seguir adelante?

Había tanta consideración en aquella pregunta que Jenna estuvo a punto de llorar. Nunca había conocido a un hombre tan sensible como Gage.

Jenna abrió la boca, pero estaba demasiado emocionada como para articular palabra. Finalmente, y con la mayor firmeza de que fue capaz, pues quería que Gage no albergara la menor duda, dijo:

—Nunca he estado tan segura de nada, Gage.

Entonces él le dio un beso ardiente y Jenna tuvo la sensación de que los dos se dejaban llevar por un instinto primitivo y salvaje.

Gage le mordisqueó los labios, exploró su boca con la lengua y Jenna se entregó a él con el corazón palpitante. Saboreó la reminiscencia del zumo de manzana en sus labios y se arqueó hacia atrás para sentir sus senos contra su hercúleo pecho.

Gage le besó la boca, las mejillas, la mandíbula. Presionó y amasó su espalda, sus glúteos. La atrajo hacia sí para hacerle sentir su sexo excitado y palpitante.

Al oírlo gemir, Jenna se quedó sin respiración. Tenía la impresión de estar corriendo a toda velocidad hacia un precipicio. Quería desacelerar, disfrutar de cada segundo del viaje, pero una fuerza interior la impulsaba a seguir adelante.

Sin detener sus besos y sus caricias, Gage la tomó en brazos y fue hasta su dormitorio. Jenna hundió sus dedos en su larga cabellera y comprobó que era tan sedosa como siempre había imaginado.

Gage la dejó en el suelo y, lleno de ansiedad, le quitó el camisón y lo tiró a un rincón de la habitación. Sus ojos oscuros la quemaban y Jenna sintió un placer indescriptible al saber que era ella la causa de aquella hambrienta expresión en su mirada.

Gage la llevó de la mano hasta la cama y, ayudándole a tumbarse, se echó a su lado.

La besó, la lamió y la acarició hasta que Jenna creyó enloquecer. Alzó las manos y lo atrajo hacia sí por los hombros, le besó la curva del cuello, le acarició la espalda con las uñas y le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

Gage se tensó y se estremeció antes de incorporarse levemente con una risita que produjo una deliciosa sensación en Jenna.

—¿Tienes cosquillas? —preguntó.

Gage sonrió:

—Muchas —dijo. Y rodó para colocarse sobre ella.

Su cabello cayó como una cortina sobre Jenna y le acarició los endurecidos pezones. Ella, al ver que Gage posaba la mirada sobre ellos y que parecía querer probarlos, se arqueó para ofrecérselos.

—Por favor —susurró. Había olvidado todas sus inhibiciones.

Gage bajó la cabeza lentamente. Jenna sintió su boca caliente y húmeda alrededor de un pezón, luego del otro. Y con cada succión, notó una pulsación intensa en el centro de su feminidad, una palpitante humedad que aumentó con cada beso y cada caricia. Cerró los ojos para sentir con plenitud aquel enloquecedor placer.

El deseo la devoraba. Deseaba a Gage más de lo que había deseado nunca nada o a nadie. Y no quería esperar ni un solo segundo más.

Susurró su nombre y supo que el temblor de su voz era fiel reflejo de la intensidad de su anhelo. Gage alzó la cabeza y la miró fijamente a los ojos con cada músculo de su cuerpo en tensión. Y Jenna supo que iba a saciar su deseo plenamente.

En ningún momento olvidó la solemnidad de aquel instante en su vida. Iba a entregarse a un hombre por primera vez. Instintivamente supo que Gage llevaba meses sin mantener relaciones y en la medida que lo conocía, sabía que no era del tipo de hombre que hacía el amor como una necesidad meramente física. Así que su relación, por más que hubiera empezado de manera poco convencional, había ido llenándose de afecto y confianza mutua. Los sentimientos que los habían llevado a lo que estaba sucediendo en aquel instante eran poderosos y sinceros. Y saber que iba a perder la virginidad con el hombre al que llamaba su marido, la llenaba de gozo.

Gage susurró su nombre y la miró fijamente, como ofreciéndole una última oportunidad para que cambiara de idea. Pero ella sólo le devolvió una sonrisa provocativa y sensual.

La pasión que ya los devoraba se hizo incontrolable y los labios, de Gage cubrieron los de ella al tiempo que, de un solo movimiento, se deslizaba en su interior.

Capítulo 9

Jenna despertó con un profundo suspiro de satisfacción al tiempo que se estiraba perezosamente.El sol entraba a raudales por la ventana. Jenna sonrió. Iba a ser un maravilloso día.Girándose, sintió una punzada de desilusión al no encontrar a Gage a su lado, pero pensó que era un bonito detalle que se hubiera ido a trabajar sin perturbarla… aunque no le habría importado que lo hiciera si eso hubiera significado volver a hacer el amor. Sonrió aún más. ¡No le hubiera importado en absoluto!

Descansó la cabeza en la almohada y dejó que su mente vagara hacia las horas previas. Cuando Gage la penetró por primera vez, sintió un dolor agudo que le hizo abrir los ojos desorbitadamente. Gage se había quedado quieto y su expresión había pasado de la pasión a la sorpresa al haber descubierto que era su primer amante.

Durante una fracción de segundo, Jenna pensó que no seguiría adelante. Pero ella le acarició el rostro con suavidad y le susurró que quería perder la virginidad con él. Los ojos de Gage se habían incendiado de pasión y a partir de ese instante le había hecho el amor con una delicadeza enloquecedora. Su primer orgasmo había sido grandioso. También el segundo.

Jenna sonrió con picardía al recordarlo.

Se sentó y escuchó atentamente. Al no oír nada dedujo que Lily seguía durmiendo. Se levantó, fue a su dormitorio para vestirse y corrió a preparar café. En unos minutos se encaminaba hacia el establo con dos tazas humeantes.

Gage estaba cepillando un caballo. El animal resopló al verla entrar y Gage le susurró algo al oído para tranquilizarlo.

—Buenos días —dijo Jenna desde la puerta—. ¿Puedo pasar?

Gage asintió, sin embargo continuó con su trabajo. Jenna se sintió un poco desconcertada de que ni siquiera la mirara, pero se acercó a él.

—Te he traído café.

—No quiero, gracias.

Jenna frunció el ceño.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Nada —Gage mantuvo la vista fija en el caballo.

Jenna dejó las tazas sobre una banqueta próxima.

—Claro que pasa algo. No soy idiota. Mírame Gage. Dime algo.

Gage por fin se incorporó y dejó caer los brazos. Parecía molesto.

Al ver que no decía nada, habló Jenna:

—Uno no saluda así a alguien con quien acaba de… —quiso elegir sus palabras cuidadosamente—, mantener relaciones íntimas.

Estaba tan confusa que le costaba pensar. Había ido allí

esperando... ¿qué? ¿Un cálido abrazo? ¿Un beso apasionado?

Evidentemente, sí. Por eso estaba tan desconcertada al ser recibida con aquella frialdad.

—¿Es que piensas que el sexo va a cambiarlo todo entre nosotros? —dijo él.

No fue tanto una pregunta como una afirmación. Y a Jenna le desagradó profundamente el tono que utilizó.

Gage pasó a su lado sin rozarla y colgó el cepillo con más violencia de la necesaria.

—No ha cambiado nada —miró en otra dirección y se pasó los dedos por el cabello—. Estoy mintiendo. Lo cambia todo.

Jenna quería tocarlo, pero un sexto sentido le advirtió que no lo hiciera. En ese momento fue consciente de que Gage no sentía indiferencia, sino que estaba enfadado.

Gage se acercó al caballo, chasqueó la lengua y el animal se encaminó hacia la puerta.

—¡Sal! —le ordenó, dándole una palmada en el flanco. Y el pinto trotó hacía el exterior.

Jenna intentó sonar lo más tranquila cuando dijo:

—¿Por qué estás enfadado conmigo?

—No estoy enfadado —Gage dio varios pasos para alejarse de ella antes de volverse a mirarla—. Estoy enfadado conmigo mismo —dijo, con las facciones tensas.

—¿Por qué?

—Porque soy un fraude —dijo él—. Y un ladrón. Te he robado la virginidad.

Sin titubear, Jenna replicó con dulzura:

—No se puede robar lo que se entrega libremente.

Pero la lógica no bastaba para templar la irritación de Gage. Como si tuviera más energía de la que era capaz de controlar, se puso a caminar arriba y abajo.

—Llevo todo un año sintiéndome estafado —alzó sus manos en un gesto de desesperación—. Y resulta que ahora el estafador soy yo.

Jenna tuvo la certeza de que se trataba de una afirmación de gran importancia, pero antes de que pudiera comprenderla, Gage continuó:

—El gran espíritu me robó a mi familia y me dejo solo —miró a un punto indefinido—. Y luego me mandó a una mujer que no sólo me impidió liberarme el día de la maldita tormenta, sino que se instaló en mi casa... Y en mi cama. Una mujer que me sedujo con sus brillantes ojos y su precioso cuerpo. Soy de carne y hueso. Sólo soy un hombre.

Se refería a ella como si no estuviera, como si hablara con una tercera persona.

Además, parecía negarse a mirarla a los ojos y eso acabó por

enfurecer a Jenna. Si estaba decidido a culparla de algo, al menos podía tener la delicadeza de mirarla.

—¿Insinúas que yo tengo la culpa de todo? —preguntó, tiñendo su voz de sarcasmo—. ¿Me consideras responsable de que ayer hiciéramos el amor?

—No hicimos el amor —la contradijo él—. Mantuvimos relaciones.

Jenna se puso roja de rabia. Hubiera querido gritar y dar puñetazos al aire, pero se contuvo. Se sentía demasiado humillada.

No debería afectarle lo que Gage pensara. Tampoco ella había creído que lo sucedido la noche anterior iba a transformar su relación, convirtiéndolos en un matrimonio de verdad.

Tragó saliva, pero tenía la garganta tan seca que le dolió.

Sólo un hombre por el que sintiera algo muy profundo podía causarle tanto dolor.

Sacudió la cabeza para ahuyentar aquel pensamiento. No era el momento de evaluar sus sentimientos hacia Gage Dalton.

—Lo que pasó entre nosotros anoche —replicó airada— fue maravilloso y me niego a que lo desvirtúes. Puede que para ti no hiciéramos el amor —se encogió de hombros—, pero lo llames como lo llames, fue extraordinario.

Gage mantenía una actitud tensa y Jenna sintió que su rabia aumentaba.

—No puedo creer que sigas culpándome por haberte salvado la vida el día de la tormenta. ¿Cómo puedes ser tan estúpido?

El insulto pareció encender a Gage. Entornó los ojos en un gesto amenazador, pero Jenna no se amilanó.

—¿Te has parado a pensar —continuó— que no fui yo quien te salvó aquella noche sino el gran espíritu? ¿Que es él quien tiene un plan para ti que no eres capaz de ver?

Gage estaba cada vez más furioso. Jenna podía sentir su ira. Pero se anticipó a él y añadió:

—Superar el dolor no significa el final de la vida, Gage, sino el final de la vida que conoces. Superar el dolor significa descubrir una nueva vida. Tal vez un nuevo amor.

Al ver que Gage apretaba los dientes, se avergonzó. Se llevó la mano al pecho y aclaró precipitadamente:

—No me refiero necesariamente a mí. Pero sí a una mujer a la que puedas amar y que te ayude a olvidar tu pena y tu dolor. Algo que sólo sucederá cuando abras tu corazón.

Durante unos segundos, el silencio inundó el establo. Desde fuera llegaba el sonido de pájaros y de caballos. Pero el silencio entre Gage y Jenna era ensordecedor.

Finalmente, habló él:

—Mi corazón se ha endurecido demasiado como para sentir amor.

Jenna apretó los dientes.

—No me sorprendería descubrir que ni siquiera tienes corazón.

Estaba tan enfadada y tan dolida que le costaba respirar. Por contraste, él parecía tranquilo. La miraba con gesto arrogante y altivo. ¿Cómo podía ser tan insensible después de ver que había recibido sus palabras como un hachazo?

Ella había hecho lo que estaba en sus manos para recordarle que la vida tenía muchas cosas que ofrecer. Que contenía amor, felicidad, esperanza, un futuro. Pero Gage se negaba a aceptarlo.

Era evidente que estaba cegado por el sentimiento de culpabilidad con el que cargaba como si se tratara de un pesado fardo, que no podía soportar seguir viviendo cuando su esposa y su hija habían muerto.

Su dolor era tan inmenso que no dejaba espacio para la redención. Y si Gage quería que su duelo durara el resto de su vida, ¿quién era ella para decirle que no debía hacerlo?

—Me marcho —le anunció—. Voy a recoger mis cosas. Lily y yo nos iremos antes de que acabe el día —se volvió y caminó hacia la puerta.

—No puedes marcharte.

Jenna se volvió con las cejas arqueadas en un gesto airado.

—¿De verdad?

—¿Te has olvidado del consejo? No puedes llevarte a Lily de Broken Bow. Necesitas su permiso.

En aquel momento Jenna no estaba dispuesta a consentir que nadie le dijera lo que podía o no hacer.

—Que intente detenerme —dio un paso hacia la puerta y se detuvo. De pronto su mente invocó la imagen de Hoo'ma, de Chee'pai y de los demás ancianos de la reserva *lenape* que luchaban cada día para conservar el tesoro de su herencia cultural.

¿Cómo iba a dar tal muestra de falta de respeto llevándose a Lily cuando verdaderamente la consideraban un miembro de su familia?

No podía hacerlo.

Encorvó los hombros en un gesto de abatimiento y se pasó la mano por la frente. Aunque era difícil creerlo, había conseguido complicarse la vida aún más. Giró la cabeza y suspiró.

—Pediré que se convoque el consejo. Pero estáte tranquilo. No pienso pasar ni una sola noche más bajo tu techo.

Jenna dio una cucharada de papilla a Lily, le limpió la barbilla con el babero y miró a Arlene, que estaba sentada al otro lado de la mesa.

—Gracias por dejarnos dormir en tu casa anoche —dijo a su

amiga.

Estaban desayunando en el restaurante de Hannah, donde Jenna había invitado a Arlene como agradecimiento por su hospitalidad.

El otro motivo por el que Jenna había preferido salir a desayunar era la necesidad de distraer a Lily. Desde que habían salido de casa de Gage estaba intranquila y Jenna temía que lo echara de menos. La niña y él habían establecido un fuerte vínculo a lo largo de las últimas semanas. Lily parecía intuir cuándo iba a volver del establo por la tarde y que su ritual de dormir incluía darle un beso y un abrazo. La noche anterior había tardado en dormirse y se había despertado en varias ocasiones. Jenna se sentía culpable por arrancar a una persona más de su vida, pero no se le ocurría otra solución.

—Lily y tú podéis quedaros todo el tiempo que sea necesario —dijo Arlene.

Hannah se acercó a la mesa, sirvió otro café a su madre y levantando la cafetera, miró a Jenna.

—¿Quieres más?

—Sí, por favor —Jenna le acercó la taza.

—Siento que Gage y tú tengáis problemas —dijo Hannah.

—Me temo que esto es más serio que un pequeño problema —dijo Jenna—. No pienso volver.

Arlene posó su mano sobre la de ella.

—No digas eso. Puede que entre los dos consigáis superarlo.

Jenna estaba contenta de tener el apoyo de sus dos amigas. Le hacía sentirse menos sola.

Sacudió la cabeza

—No va a ser posible. Gage tiene...

Iba a decir «asuntos que resolver», pero se mordió la lengua. Gage vivía bajo el peso de la culpabilidad y se negaba a ver ninguna esperanza en el futuro. Pero lo que iba a hacer imposible que encontrara la felicidad era el hecho de que se negara a abrir su corazón al amor. Ésa era la triste realidad.

Se abrió la puerta del restaurante y entró Gage. Jenna sintió un hormigueo por todo el cuerpo. Gage estaba impresionantemente guapo, en vaqueros y camiseta, con el cabello suelto y una mirada penetrante.

Jenna intentó adivinar por su expresión si había dormido bien, si parecía preocupado o inquieto.

Sabía que no debía importarle. Pero le importaba.

No había modo de seguir negándolo.

Estaba enamorada de él.

Lo había sospechado el día anterior cuando sus palabras le hirieron como dardos. Volvió a pasársele por la cabeza mientras intentaba conciliar el sueño en casa de Arlene. Y había estado a punto

de admitirlo al despertarse tras un sueño erótico con él como protagonista.

Pero hasta aquel momento, cada vez que ese pensamiento la asaltaba, había conseguido ahuyentarlo. Sin embargo, era imposible seguir ignorándolo cuando la verdad prácticamente le saltaba a la cara.

Amaba a Gage Dalton. Cada neurona de su cerebro, cada célula de su cuerpo se lo decía.

—Hola, Gage —saludó Hannah—. ¿Quieres café?

—Sí, por favor respondió él, sin apartar la mirada de Jenna—. Pero ponlo en una taza para llevar. Tengo que seguir trabajando.

Cruzó el comedor hacia Jenna.

—Será mejor que me vaya —susurró Arlene.

—No te muevas —dijo Jenna, mirándola fijamente.

En cuanto Lily se dio cuenta de que Gage estaba cerca, alzó los brazos hacia él. Y de la forma más natural, él la levantó en brazos.

—Buenos días, mi amor —dijo. Lily se abrazó a su cuello. Por una fracción de segundo, Gage pareció sentirse en el cielo. Luego sujetó a la niña con un brazo y se volvió hacia Jenna—. Buenos días.

Ella saludó con un gesto de la cabeza.

Arlene se puso en pie.

—Tengo que ir al servicio —dijo precipitadamente—. Siéntate, Gage. Vuelvo en seguida, —añadió, mirando a Jenna.

Gage se quedó de pie.

—He encontrado esto en casa —le mostró un elefante de peluche azul que era uno de los juguetes favoritos de Lily—. Pensé que Lily lo echaría de menos.

Jenna hubiera querido decirle que era a él a quien la niña echaba de menos, pero supo que no serviría de nada. Gage había expresado sus sentimientos con toda claridad. Tenerlas en casa le hacía sentir culpable. Tanto, que volcaba el enfado que sentía consigo mismo en ella. Y Jenna no estaba dispuesta a consentirlo.

—Gracias —dijo, alargando la mano para tomarlo—. Estoy segura de que Lily te lo agradecerá.

Gage cambió el peso del cuerpo de pierna. Se miraron en silencio. Finalmente, él preguntó:

—¿Has conseguido una cita con el consejo?

Jenna asintió.

—Mañana a las dos.

—¿Quieres que te acompañe?

La oferta sorprendió a Jenna.

—¿Para qué? —la pregunta escapó de su boca antes de que pudiera reprimirla. Sin esperar respuesta, añadió—: No, no hace falta.

—Como quieras.

Volvió a producirse un cargado silencio. Gage cambió a Lily de brazo.

—Cuando acabe con los caballos —dijo, en voz queda—, iré a Billings a ver a un cliente y no volveré hasta la noche. Si quieres, puedes ir a trabajar a casa.

Jenna había dejado el ordenador en casa de Gage y le había dicho que volvería a por él en cuanto pudiera.

—Gracias —dijo ella—. Quizá lo haga.

El ambiente se hizo aún más denso.

—Bueno... Si no hay nada más —Gage hizo una pausa—, será mejor que me vaya.

Pero no se fue y Jenna tuvo la sensación de que quería decir algo más. O que creía que ella quería añadir algo y le estaba dando la oportunidad de que lo hiciera. Pero ella había dicho todo lo que pensaba el día anterior.

Gage besó a Lily en la frente, luego se la pasó delicadamente a Jenna y se alejó. Pagó a Hannah el café en la caja y salió del restaurante.

Jenna sentía tales nervios que temió que le diera un mareo. Los ancianos del consejo entraron y ocuparon sus puestos.

Durante la batalla para conseguir la custodia de Lily, había descubierto que era más fuerte de lo que creía y que sabía canalizar su angustia para lograr su objetivo. Pero hubiera sido una ingenuidad no ser consciente de que seguía siendo muy vulnerable. Los ancianos que charlaban ante ella tenían el poder de transformar su vida radicalmente. Temía su reacción cuando supieran que Gage y ella se habían separado.

¿Le quitarían a Lily?

La respuesta a esa pregunta la tenía tan aterrorizada que apenas podía pensar.

El miembro más anciano del consejo, Hoo'ma, dio comienzo a la reunión con un saludo formal y luego pidió que todos agacharan la cabeza para rogar al gran espíritu ayuda en sus deliberaciones.

—Como todos sabéis —dijo Hoo'ma—, Jenna Dalton ha pedido una reunión —la anciana miró a Jenna—. Ésta es una comunidad pequeña y las noticias vuelan. Muchos sabemos que tu y Lily os alojáis en casa de Arlene Jonson. Te agradecemos que hayas pedido vernos. Los rumores y las habladurías son tan dañinas como el agua emponzoñada. Por eso espero que hayas acudido a nosotros para explicarnos qué sucede.

Jenna no hubiera podido sostener la mirada de la anciana de no haber percibido en ella una actitud comprensiva. Por alguna extraña razón, Jenna sentía que al separarse de Gage estaba fallando a todo el consejo. Se humedeció los labios resecos por la ansiedad y abrió y

cerró los puños.

Al mirar las caras de los ancianos vio reflejadas en ellas distintos sentimientos. Duda, desilusión, curiosidad, ánimo y lástima. La expresión de Chee'pai sólo podía describirse como de desprecio. Pero Jenna no pensaba dejar que el chamán la intimidara.

—He aprendido mucho a lo largo del mes que he vivido en Broken Bow —comenzó—. Lo más importante: que hay que actuar con honorabilidad. He descubierto que los *lenape* valoran el honor por encima de todas las cosas. Por eso estoy aquí. Porque quiero ser sincera respecto a mi vida y la de mi sobrina —sintió un ataque de pánico—. Me gustaría que tuvieran eso en cuenta antes de escuchar lo que voy a decir.

Jenna tuvo la sensación de que algunos de los ancianos aprobaban su actitud. Tomó aire.

—Con el corazón apesadumbrado —dijo—, vengo a decir que Gage y yo no podemos seguir casados —entrelazó los dedos—. Lo que ha pasado entre nosotros es personal y espero que se respete nuestra intimidad. Pero como esto afecta a Lily y a su lugar de residencia, quería acudir al consejo y asegurarle que...

—¿Dónde viviréis? —como era de suponer, la pregunta procedía de Chee'pai.

Jenna había pensado quedarse en la reserva con Lily, pero después de descubrir que estaba enamorada de Gage había decidido que quedarse allí sería una tortura. Supondría recordar cada día de su vida que su amor no era correspondido.

—Quería llevarme a Lily a Rock Springs, de donde procedo —dijo. Y rápidamente añadió—: Si tengo el permiso del consejo.

—Jamás te lo otorgaremos —dijo Chee'pai.

Otra de las mujeres del consejo se inclinó hacia delante.

—Con todo el respeto debido a nuestro chamán, una persona no puede hablar por todo el grupo.

—Estoy de acuerdo —dijo otro anciano, enfáticamente.

—Pero hace sólo un mes —añadió otro—, ella dijo que no se llevaría a la niña de Broken Bow.

Hoo'ma alzó la mano y todos callaron.

—Por más que me preocupe Lily —dijo, con voz pausada—, también me preocupa tu relación con Gage, Jenna. Comprendo que tu vida privada sólo te incumba a ti. Pero tengo que preguntarte si crees que habéis hecho todo lo posible para que la relación funcionara. Apenas habéis estado tiempo casados. A veces es complicado...

—No están casados —dijo Chee'pai.

Jenna lo miró perpleja.

—Claro que estamos casados. Mostré al consejo el certificado.

Varios miembros fruncieron en ceño, desconcertados con las

palabras del chamán. Jenna sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

Chee'pai entornó sus negros ojos y la miró con expresión retadora.

—Dices haber aprendido acerca del honor. ¿Puedes con toda honestidad y ante el consejo reunido afirmar que amas a mi nieto?

Jenna sintió el corazón latirle contra el pecho. Estaba preparada para discutir con los ancianos el tema de su sobrina No había contado con que le fueran a hacer preguntas sobre su relación con Gage.

No le gustaba que la acorralaran. Chee'pai había estado en su contra desde el primer día. La posibilidad de ponerlo en su sitio era tentadora, pero para ello tendría que revelar detalles íntimos sobre sus sentimientos.

Se cuadró de hombros y alzó la barbilla. ¡Al diablo con la intimidad!

—Puedo —dijo, airada—. Puedo asegurar al consejo que amo a Gage Dalton con todo mi corazón.

¡Ya estaba! Había dicho la verdad. Y ver que el chamán perdía parte de su gesto de suficiencia fue una pequeña victoria.

—Jenna —Hoo'ma apoyó sus delgados brazos sobre la mesa—, si eso es verdad, ¿podemos hacer algo para ayudaros a Gage y a ti?

Pensar en Gage produjo un inmediato sentimiento de vacío en Jenna. Frunció el ceño mientras pensaba qué responder. Hubiera dado cualquier cosa porque el consejo pudiera intervenir, pero no había nada que hacer.

Gage estaba atrapado en el pasado y en su propio complejo de culpabilidad. Ella había intentado liberarlo, mostrándole que existía un futuro prometedor. Pero Gage estaba ciego, y ella no podía devolverle la vista.

Sentía un profundo dolor por él y por su inhabilidad para avanzar, pero estaba decidida a hacer lo mejor para Lily. Su sobrina necesitaba un futuro esperanzador. Y si eso significaba tener que dejar aquello que no tenía solución, así tendría que ser.

Finalmente, sacudió la cabeza.

—Agradezco la oferta, pero no se puede hacer nada.

No pensaba decir una sola palabra más. Lo que había pasado entre ella y Gage sólo les pertenecía a ellos dos.

Se irguió una vez más.

—Quería que el consejo supiera que haré lo que haga falta para que Lily se eduque dentro de la cultura *lenape*. La traeré a la reserva a menudo y atenderemos todas las ceremonias y celebraciones de la tribu. Quiero formar parte de esta comunidad, de esta familia. Cuando crezca, prometo...

—Mientes —dijo Chee'pai, dando un manotazo a la mesa—. No podemos creer una sola palabra de lo que dices.

Hoo'ma, siempre serena, estalló:

—Chee'pai, no estoy dispuesta a consentir que seas maleducado.

Pero el chamán no cambió de actitud.

—Sé que miente porque Gage me dijo que no se habían casado por amor. Se refirió a su matrimonio como un «acuerdo» y eso significa que lo que dice Jenna no es verdad.

Jenna no pudo reprimir una exclamación de rabia. No podía creer que Gage la hubiera traicionado. Pensaba que habían llegado a ser amigos.

—Y si es capaz de mentir respecto a su matrimonio con mi nieto —continuó Chee'pai—, también mentirá sobre sus planes para el bebé. Lily Collins pertenece a Broken Bow y a la familia *lenape*.

Se hizo un profundo silencio.

Hoo'ma, que hasta entonces había mostrado simpatía hacia Jenna, la observaba con gesto severo. Los demás miembros adoptaron una actitud suspicaz.

Jenna sintió pánico. Un pánico que le heló la sangre.

—¿Puedo acercarme a la mesa del consejo?

La voz de Gage hizo que Jenna girara la cabeza bruscamente. Él caminó hacia delante con expresión solemne.

¿Cuánto tiempo llevaría en la sala? ¿Habría sido oída su declaración de amor?

Las preguntas se agolparon en su mente atropelladamente. Pero el desconcierto dio paso al enfado.

El hombre que se aproximaba a ella la había abandonado. Había destruido su fe y su confianza. Había desvelado su secreto aun sabiendo que ponía en riesgo la custodia de Lily.

La ira creció en su interior como una llamarada de fuego.

En ese momento se dio cuenta de que también Gage parecía enfadado.

—¿Qué haces aquí? —dijo, ásperamente—. Te dije que no vinieras.

Gage pasó de largo y se situó delante de su abuelo.

—Pido permiso para hablar.

—Claro, Gage —dijo Hoo'ma dulcemente—. Te doy la bienvenida de parte del consejo. Te escucharemos encantados.

Antes de que Gage hablara, intervino Chee'pai.

—Gage, estamos deseando conocer la verdad. ¿Por qué te casaste con Jenna?

Gage sentía la mirada de Jenna clavada en la espalda. Mentir al consejo representaba casi un sacrilegio en su cultura. Pero estaba allí para hacer lo que debía: rectificar su mal comportamiento hacia Jenna.

Saber que le había robado la virginidad seguía perturbándolo tanto como haberla enfadado hasta el punto de que se marchara de su casa. Jenna se merecía mucho más de lo que él le había ofrecido en las semanas que habían fingido ser marido y mujer. Y había llegado el momento de compensarla.

—Durante la primavera —comenzó a contar—, el día de la tormenta que causó grandes inundaciones, Jenna y yo nos conocimos en Reservation Road. Ella se mantuvo firme bajo la lluvia, arriesgándose a que la atropellara, para que yo no me saliera de la carretera. Me salvó la vida y desde ese momento contraje una deuda con ella: una Ofrenda de Vida. Así que cuando vino a pedirme auxilio para conseguir la custodia de Lily me sentí obligado a ayudarla.

—Tenías que pagar tu ofrenda —dijo Hoo'ma, en tono aprobador.

Gage le sonrió. Odiaba estar rompiendo la promesa que había hecho a Jenna de no revelar la naturaleza del acuerdo al que habían llegado, pero no le quedaba otra opción. De otra manera, su abuelo podría utilizar esa información en contra de Jenna, porque las verdades a medias eran mucho más peligrosas que la verdad absoluta.

Chee'pai alzó la barbilla con gesto triunfal. Miró a Jenna.

—Así que mentiste al consejo al decir que Gage y tú estabais enamorados.

Gage se volvió hacia ella, perplejo. Había llegado en el momento en el que su abuelo la acusaba de mentir sobre sus planes de futuro respecto a Lily, pero no había oído nada relativo al amor. No podía creer que Jenna hubiera dicho a los ancianos...

—Ésas no han sido mis palabras —protestó Jenna—. Jamás osaría hablar por Gage, sólo puedo hablar por mí misma. Y lo que he dicho es la verdad.

Gage la contempló boquiabierto. No lograba comprender la conexión que había entre lo que había dicho su abuelo y el hecho de que Jenna asegurara no haber mentido.

—Pero eso no cambia el hecho de que manipularas la opinión del consejo en tu beneficio —afirmó Chee'pai.

—¡Lo hice por Lily!

El tono de desesperación de Jenna fue como una bofetada para Gage. Se giró hacia su abuelo con expresión furiosa.

—Mi deuda de honor con Jenna no fue la única razón por la que me decidí a ayudarla —declaró.

Chee'pai frunció el ceño.

—Quedé impactado por lo que me contó —siguió Gage—. Es la tía de Lily, su única familia. Y sin embargo, el consejo ni siquiera la tenía en cuenta como tutora.

—Claro que la teníamos en cuenta —dijo Hoo'ma.

—¿De verdad? —preguntó él—. ¿Por qué entonces le disteis tantas largas? Se reunió con el consejo cada semana, os proporcionó toda la información que le pedisteis. Sin embargo, en cada reunión añadíais un nuevo obstáculo.

Hoo'ma apretó los labios y miró a Chee'pai.

El chamán se cuadró de hombros.

—Gage, sabes que tenemos que hacer lo posible para preservar nuestra tribu. Lily es una *lenape* y creíamos que debía permanecer entre nosotros.

Gage suspiró.

—Sé que vuestras intenciones son buenas y así se lo hice saber a Jenna. Pero a veces pienso, abuelo, que lograr ese objetivo os hace olvidar a las personas. Tu obsesión porque el grupo permanezca unido ha hecho que mucha gente se sienta atada. Mis padres son un buen ejemplo. Porque decidieron mudarse a Arizona los has condenado al ostracismo. Y has despreciado a todo aquél que desea viajar o estudiar o trabajar fuera de la reserva. No te das cuenta de que, aunque dejen Broken Bow, siguen siendo parte de nuestra familia, siguen siendo *lenape*.

Gage percibió la irritación que sus palabras estaban despertando en su abuelo, pero continuó hablando:

—Jenna no es india. Pero hubo un tiempo en la historia de nuestro pueblo en el que el color de la piel no importaba. Gentes de todas las procedencias eran adoptadas por la tribu. Tramperos franceses se casaban con mujeres *lenape*, viudas inglesas con hombres *lenape;* los niños huérfanos eran atendidos y cuidados por nosotros y se convertían en parte de nuestra familia. Lo que importaba era el alma y que todo el mundo se sintiera querido y aceptado. Jamás se abría separado a un bebé de una mujer que lo considerara su hijo. Y mucho menos por razones de raza —Gage miró uno por uno a los ancianos y vio que aprobaban sus palabras y las reconocían como verdaderas.

—Sí —asintió Chee'pai—. Pero los tiempos han cambiado.

Gage apoyó los puños en la mesa. Se hizo un profundo silencio.

—Lo único que estoy diciendo —afirmó en tono solemne—, es que la segregación es un concepto que vino del mundo exterior. Es ajena a los *lenape*.

Muchos de los ancianos apartaron la mirada con expresión avergonzada.

Gage señaló a Jenna con el brazo.

—Esta mujer ama a esa niña. Se levanta por ella en mitad de la noche, está siempre disponible, sólo trabaja cuando Lily duerme. Si la hubiera parido ella misma, no la amaría más. Cambió de casa y de vida para cumplir vuestras condiciones. Aquí ha hecho amigos, ha entrado a formar parte de la comunidad y trabaja con los artistas de la reserva para crear una página Web en la que promover su trabajo. Jenna tiene un sincero interés en nuestra cultura para poder transmitírsela a Lily y que nunca pierda sus raíces. Se merece a esa niña más que nadie, y la niña la necesita a ella.

Miró a Jenna, pero ésta había agachado la cabeza y Gage no pudo adivinar qué estaba pensando.

—Quiero rogaros a cada uno de vosotros... —calló bruscamente, como si acabara de olvidar el final de la frase—. Quiero rogaros... —volvió a interrumpirse.

Tragó saliva. ¿Qué le pasaba? Estaba allí para ayudar a Jenna y eso era lo que pensaba hacer.

—Por favor —dijo finalmente—, permitid que Jenna se marche de Broken Bow con Lily —tomó aire—. Si eso es lo que ella desea hacer.

Jenna estaba sumida en la más profunda confusión. No conseguía comprender cómo Gage se había presentado en el consejo después de las ásperas palabras que se habían dirigido un par de días antes. No salía de su perplejidad ante la defensa que Gage había hecho de su posición y más, sabiendo que se arriesgaba a que el consejo lo expulsara de la tribu por haber mentido.

Al mismo tiempo tenía el corazón destrozado. Aunque Gage no le hubiera oído declarar su amor hacia él, debía haber deducido parte de la conversación que había tenido lugar antes de su llegada por las palabras de Chee'pai. Aun así había pedido al consejo que la dejaran marchar. Era la prueba palpable de que quería que se fuera.

Tampoco sabía por qué se sentía desconcertada cuando Gage había expresado sus sentimientos con toda claridad en el establo. Sin embargo, oírle suplicar que la liberaran le produjo una inmensa tristeza.

Dio un paso adelante para hablar.

—Supongo que debería pedir disculpas por lo que he hecho —hizo una pausa para tomar aire—. Pero mentiría si dijera que lo siento.

Aunque no se sentía con fuerzas para mirar a Gage, podía sentir su sólida presencia junto a ella.

—Si no hubiera conocido a Gage el día de la tormenta, no habría conseguido convencer al consejo de que me diera la custodia de Lily. Si él no me hubiera abierto las puertas de su casa, yo no habría llegado a valorar la fabulosa herencia cultural de la que mi sobrina forma parte —dirigió su mirada al chamán, que parecía sumido en sus pensamientos—. Chee'pai, comprendo que quieras mantener las tradiciones *lenape*. Y quiero que sepas que, pase lo que pase, siempre querré que Lily siga formando parte de esta gran familia. Hace un mes y medio no habría dicho lo mismo. Así que si pidiera perdón por mis actos, no estaría siendo sincera.

A pesar de que el sentido común le dictaba lo contrario, se volvió hacia Gage y añadió:

—No me arrepiento absolutamente de nada.

Tanto su tono de voz como el rubor de sus mejillas bastaron para que los ancianos comprendieran el íntimo mensaje que ocultaban aquellas palabras.

Con el corazón palpitante, Jenna volvió a dirigirse al consejo.

—Espero que no me separen de Lily. La amo tanto como si fuera su madre. La quiero y la necesito junto a mí.

El consejo, pensativo, guardó silencio. Finalmente habló Hoo'ma.

—Creo que debemos votar. Pero ya que se trata de un tema tan serio y que determina el futuro de la niña, ¿alguien quiere añadir algo? —como nadie dijo nada, continuó—: Nadie puede predecir el futuro ni saber qué puede suceder entre Gage, Jenna y Lily. El gran espíritu tiene maneras de alterar el futuro que nadie puede controlar. Pero personalmente creo que Lily debe permanecer con Jenna tanto si Jenna se queda en la reserva como si se va. Los que estén de acuerdo, que lo digan ahora.

Uno a uno, los miembros del consejo expresaron su opinión con un movimiento de cabeza o alzando la mano. Chee'pai, con el ceño fruncido, fue el último. Finalmente, asintió con la cabeza.

Jenna cerró los ojos y dejó escapar un prolongado suspiro al tiempo que curvaba los labios en una sonrisa de alivio. Los ancianos se pusieron en pie y rodearon la mesa para acercarse a ella y darle la enhorabuena. Gage se echó a un lado para dejarles sitio.

Jenna sentía una peculiar mezcla de alegría y pena. Por fin había conseguido convertirse en la tutora oficial de Lily, pero ya no era la misma persona que había llegado a Broken Bow. Las semanas de convivencia con Gage la habían cambiado.

Cuando se acabaron las felicitaciones, miró a su alrededor en busca de Gage y vio que mantenía una intensa conversación con

Hoo'ma y otro miembro del consejo.

Sin su ayuda, sin su acalorada defensa, el consejo no le habría dado la custodia de Lily. Quería darle las gracias. Pero al recordar lo que él sentía por ella y cómo se había arrepentido de que hubieran hecho el amor, decidió facilitarle la despedida. Sin decir palabra, salió de la sala.

—Gage, ¿podemos hablar?

La pregunta de su abuelo hizo que Gage se detuviera cuando estaba punto de abrir la puerta de su ranchera.

—Tendrás que esperar a más tarde, abuelo. Tengo que...

—Por favor. Necesito decirte un par de cosas —Chee'pai parecía preocupado.

Gage dejó caer la mano y se volvió hacia él.

—Sé que he actuado con cabezonería, pero quiero que sepas que siempre me ha guiado la mejor intención.

Gage asintió.

—Lo sé.

—Tienes que entender que en mi interior se libra una batalla entre dos lobos. Uno representa mi amor por mi familia. El otro, la necesidad de preservar la herencia cultural de nuestro pueblo y asegurarle un futuro de esplendor.

Gage sintió lástima. Sabía bien que aunque su abuelo tuviera un carácter duro, sus objetivos eran honorables.

—Lo sé —repitió.

—Hoy me he sentido orgulloso de ti. Todo lo que has dicho al consejo es cierto. Y te agradezco que me hayas recordado que la naturaleza *lenape* es abierta y comprometida con los otros. Está bien querer mantener la tradición, pero no a costa de los que amas. Es un equilibrio difícil y te doy las gracias por ayudarme a reequilibrar la balanza.

Gage se sintió honrado por las palabras de su abuelo.

—Por eso me gustaría que me dieras el teléfono de tus padres —continuó el anciano—. Quiero hablar con mi hijo y con su mujer —sonrió—. Y preguntarles si piensan venir a visitar a este testarudo anciano.

Gage sonrió a su vez.

—Les encantará que lo hagas —abrazó a su abuelo y sintió que el corazón se le templaba.

Cuando se separaron, Chee'pai ladeó la cabeza.

—En ti también hay un batalla entre dos lobos, nieto.

Gage lo miró con expresión solemne.

—Puedo sentir tu conflicto interior —continuó Chee'pai—. Uno de ellos intenta que vivas en el pasado —hizo una pausa antes de añadir—: El otro, lucha por el futuro. En el fondo de tu corazón sabes

que no puedes vivir en el pasado, y tus sentimientos por Jenna son muy fuertes. Ella te ha devuelto la vida. Recuerda que los que han pasado al otro lado querrían que te quedaras en éste —Chee'pai le apretó afectuosamente el hombro—. Aun así, comprendo la importancia de mantener encendida la llama de la memoria. Decidir qué es más crucial, si el pasado o el futuro, es un dilema para todos nosotros.

¿Dilema? Gage creía haber alcanzado un punto en el que dominaba sus emociones. Había llegado a sentir apego por Lily. Le gustaba estar con ella. ¡Y con Jenna! Lo que sentía por ella incluía muchas cosas. Le gustaba la unidad familiar que formaban entre los tres. Pero cada vez que se lo planteaba, se sentía mortificado por el remordimiento. Se sentía culpable por estar considerando un futuro feliz con Jenna y Lily cuando Mary Lynn y Skye estaban muertas.

—Eres un hombre sabio —dijo, en un susurro—. Un hombre que ve lo que para otros es invisible. Necesito que me digas cuál de los dos lobos va a ganar.

Los ojos de Chee'pai se llenaron de amor.

—Aquél al que alimentes —dijo.

Jenna estaba debajo del escritorio, desenchufando el ordenador. Después de detenerse para darle la buena noticia a Arlene, pidió a su amiga que se quedara un rato más con Lily para poder ir a recoger sus cosas a casa de Gage. Confiaba en poder hacerlo sin coincidir con él ya que no quería causarle más problemas.

De pronto la asaltó una imagen de la pelea que habían mantenido en el establo la mañana siguiente a hacer el amor. Los ojos de Gage estaban llenos de pesadumbre, la misma que parecía pesarle sobre los hombros.

Inicialmente, ella se había sentido furiosa porque Gage menospreciara y viera algo sucio en los maravillosos momentos que habían pasado juntos. Luego había descubierto que, para ella, la intimidad que habían compartido era hermosa y única porque estaba enamorada de él.

El amor significaba muchas cosas: compartir una tarde de verano, reír juntos, besarse, acariciarse, hacer el amor. Y quizá ella veía la realidad con gafas de cristal rosa, pero también significaba no hacer daño a aquél al que se amaba. Por eso prefería evitarle a Gage un encuentro que sólo podía incomodarlo.

Trabajando con destreza, desenchufó los cables del teclado y del monitor, luego desconectó el cable de la línea telefónica y lo enrolló con cuidado.

Justo cuando acababa de recoger todo el equipo, oyó abrirse la puerta principal.

—Jenna.

Al oír la voz de Gage, ella alzó la cabeza automáticamente y se chocó contra el escritorio. Sentándose en los talones, se presionó con la mano el golpe. Gage se puso de cuclillas a su lado.

—¿Estás bien?

Jenna asintió.

—Esperaba haber acabado antes de que volvieras.

Intentó mantener la mirada fija en el suelo, pero el deseo de verlo fue más poderoso. Deslizó la mirada hacia sus rodillas y vio que apoyaba en ellas las manos abiertas. Súbitamente recordó el ansia con la que aquellas mismas manos la habían acariciado. Jenna se humedeció los labios y fue recorriendo con la mirada su cintura y su torso, hasta que se encontró con los ojos de Gage. Y en ese instante, tuvo la seguridad de que jamás encontraría a otro hombre como él.

Los hombros de Gage se curvaron hacia delante al tiempo que daba un profundo suspiro.

—No puedo creer lo que he hecho.

El comentario confundió a Jenna.

Gage se puso en pie de un solo movimiento y, alargando la mano hacia ella para ayudarla a incorporarse, añadió:

—He alimentado al lobo equivocado.

—El lobo equivocado... —Jenna sacudió la cabeza—. ¿De qué estás hablando?

—He hablado con mi abuelo después de la reunión.

Jenna miró en otra dirección.

—Me cuesta creer que Chee'pai votara a mi favor. Jamás pensé que lo haría —suspiró hondo y se obligó a mirar a Gage—. Ha sido gracias a ti. Los has convencido a todos.

—Sólo dije la verdad. Te he visto con Lily. Ahora eres su madre.

Jenna sonrió.

—Gracias por todo, Gage. Quería haber hablado contigo después de la reunión pero... —dudó si decirle la verdad, y sin embargo optó por hacerlo—. Pero pensé que preferirías que viniera a recoger mis cosas y desapareciera de tu vida.

Gage frunció el ceño.

—¿Y por qué pensaste eso?

Jenna pensó que era una pregunta extraña procediendo de él. Como no supo qué contestar, guardó silencio.

—Soy tan cabezota como el abuelo, Jenna —Gage se pasó los dedos nerviosamente por el cabello—. He hecho y dicho cosas que...

Jenna se puso alerta. Gage tardó varios segundos en continuar.

—Cuando Mary Lynn, Skye y yo éramos una familia, yo me sentía fuerte y poderoso. Pero el accidente me partió en dos. Durante meses sentí un espantoso vacío interior, como si mi alma hubiera muerto —alargó la mano y entrelazó los dedos con los de ella—.

Luego apareciste tú, con tu bondad y tu alegría, y mi alma empezó de nuevo a brotar como las hojas brotan en un árbol —sonrió—. Gracias a ti he vuelto a la vida, Jenna.

—Pero dijiste que...

Gage le puso el dedo sobre los labios.

—Calla. No quiero recordar lo estúpido que he sido —suspiró—. Sabes que al principió no estaba contento de que os instalarais aquí. Tenía miedo de los sentimientos que podía despertar en mí tener a Lily cerca. Pero pronto descubrí que me recordaba los maravillosos momentos que había pasado con Skye, momentos que habían quedado sepultados bajo un denso manto de tristeza. Hizo una pausa antes de continuar—. Pero desearte despertó en mí un profundo sentimiento de culpabilidad. La mañana que desperté contigo en mi cama —cerró los ojos y sacudió la cabeza—. Fue espantosa, Jenna. Y cuando viniste al establo y nos peleamos... Todo lo que dijiste era verdad, pero yo estaba demasiado sumido en mi dolor como para poder verlo. No era capaz de conservar viva la memoria del pasado y al mismo tiempo alargar la mano hacia el futuro. Y saber que te había robado la virginidad... —cerró los ojos de nuevo—. Sentí que debía ser azotado y castigado por lo que había hecho. Era incapaz de pensar con claridad —dulcificó su tono antes de añadir—: Pero te aseguro que esta casa no ha estado nunca tan vacía como cuando hiciste las maletas y te fuiste —tomó la mano de Jenna entre las suyas y continuó—: No quiero volver a sentir ese vacío, Jenna. Ni en mi casa, ni en mi vida, ni en mi corazón.

A medida que había hablado, el corazón de Jenna se había henchido de felicidad. Sin embargo, sintió la necesidad de hacer una pregunta:

—¿Y tu sentimiento de culpabilidad? No es posible que haya desaparecido de un día para otro.

Gage pareció reflexionar unos instantes.

—Te dije que había hablado con el abuelo. Me ha dicho que va a llamar a mis padres.

—Me alegro mucho —dijo Jenna, aunque no comprendía qué tenía que ver una cosa con la otra.

Gage asintió.

—No quieto despertarme un día y darme cuenta de que he dejado que el pasado me mantenga prisionero. Quiero liberarme de la culpa. Quiero recordar a Mary Lynn y a Skye con amor. Pero en el fondo de mi corazón sé que todo ocurre por alguna razón. Puede que no comprenda por qué el gran espíritu hace que sucedan ciertas cosas, pero debo aceptarlas y debo tomar parte en la vida y disfrutar de cada glorioso minuto que me ofrece. Y hace mucho que no hago ni una cosa ni otra.

Jenna lo contemplaba esperanzada.

—El destino quiso que nos encontráramos en la carretera —dijo Gage—. Y ese día significó el inicio de mi nueva vida aunque haya estado demasiado ciego como para verlo —se acercó a ella—. Lo que intento decir, Jenna, es que te amo y que quiero que tú y Lily os quedéis conmigo. ¿Te lo pensarás?

Jenna sintió la felicidad estallar en su pecho y una gran sonrisa le iluminó el rostro.

—¿Pensármelo? No tengo nada que pensar —se abrazó a su cuello y le besó los labios—. Te amo, Gage Dalton —y le susurró al oído—: Y aunque no tengo ni idea de a qué te referías cuando hablabas de alimentar al lobo equivocado, estoy decidida a ayudarte a engordar al bueno.

Fin.